Relación que hizo Rafael Hitlodeo, excelente varón del feliz estado de la República de Utopía, ordenada por Tomás Moro, Vizconde, Ciudadano de la insigne ciudad de Londres en Inglaterra

**Descripción de la Isla Cap.I.**

La Isla de los Utopienses en el medio se extiende a doscientos mil pasos, y por larguísimo espacio no se estrecha considerablemente; mas al fin de entre ambos cabos se va ensangostando, y estas puntas en circunferencia de cincuenta mil pasos dejan la Isla en forma de Luna nueva. Estas extremidades combatidas del mar se hallan distantes la una de la otra otros once mil y el mar defendido de los vientos. Entre estos brazos forma un apacible lago, dejando un puerto acomodado desde donde, por su oportunidad, envían sus flotas a otras provincias y países. Las gargantas de las entradas de la una parte con los bancos y bados y de la otra, con disimulados escollos, ponen espanto al que pretende entrar como enemigo. Casi en el medio de este espacio se ve otra roca no tan peligrosa, en cuya eminencia han fabricado un fuerte, donde tienen presidio. Hállanse otros muchos escollos ocultos, y por esto dañosos. Ellos solamente tienen conocimiento de aquellos canales de donde procede que raras veces el extranjero que no sea avisado de alguno de la Utopía pueda penetrallos, y cuando con afán entre sin riesgo, no gobernándose por ciertas guías puestas en la ribera, vendrá cualquier gran enemiga armada a dar al través. De la otra parte, hay un puerto bastantemente frecuentado y el desembarcadero fortificado por arte y naturaleza, de manera que poca gente de guerra pondrán en retirada y rebatirán el ímpetu de copioso ejército. Hay opinión (y la apariencia del lugar lo muestra) que aquella tierra en lo antiguo estaba rodeada del mar. Mas Utopo, de quien tomó nombre la Isla por haberla conquistado (porque primero se llamaba Abraxa), redujo aquella muchedumbre rústica y grosera a esta manera de vivir humana y civil, cual sigue todo el linaje de los hombres. Cortó un istmo de diez mil pasos por el cual estaba Utopía continente con la tierra firme, con que quedó hecha Isla. Habiendo constreñido no solo a los moradores antiguos, mas también a sus soldados, por no causar afrenta a aquellos. Y con tanto número de operarios en brevísimo tiempo acabó el trabajo, dejando admirados los pueblos vecinos, que al principio burlaban del intento. Hay en esta Isla cincuenta y cuatro ciudades, conformes en lengua, institutos, y leyes, y casi a un modelo fabricadas, en cuanto el sitio lo permite. Las más cercanas están desviadas veinticuatro mil pasos, mas ninguna se halla tan apartada una de otra, que en un día no pueda hacer jornada a ellas un peón. Tres ciudadanos expertos y ancianos de cada una destas ciudades todos los años concurren en Amauroto, la cual, por estar asentada en medio de la Isla, es a todos cómoda y tenida por principal y cabeza, donde tratan de la causa común y pública de toda la Utopía. Las ciudades no tienen de término pasados de veinte mil pasos en contorno, algunas más, conforme están desviadas y apartadas más o menos entre sí, ninguna dellas desea extender, o dilatar su distrito, juzgándose antes usufructuarios labradores de los campos que señores dellos. Tienen alquerías muy prevenidas de todos los instrumentos para la labor y agricultura; y a estos cortijos van a poblar los ciudadanos. Ninguna familia rústica destas tiene menos de cuarenta personas, excepto dos hombres del campo. A todo este número se le señala padre y madre de familias, por edad y costumbres venerables, y a cada treinta cortijos se le propone cabeza. Vuelven a la ciudad en cada un año veinte de los de estas familias de los que han residido dos en las alquerías. Suceden a estos otros tantos de la ciudad para que sean ejercitados en la agricultura, por los que quedan expertos con la residencia de un año, y que el venidero enseñen a otros, a intento que no falte en todos la experiencia de la labranza, para que al tiempo de recoger los frutos se hallen hábiles. Y aunque esta manera de renovar la agricultura se acostumbra, porque ninguno se halle obligado a continuar la vida rústica más tiempo, no por esto muchos que se deleitasen en la agricultura dejasen de estar allí más años. Los labradores cultivan el terreno, sustentan los animales, aperciben leña y la conducen a la ciudad por tierra o por mar, como les viene más a propósito. Sacan con admirable artificio una infinidad de pollos, porque sin empollar las gallinas con un calor proporcionado los dan vida y después los hombres los abrigan y gobiernan. Sustentan pocos caballos y feroces, de los cuales se sirven solamente en las empresas de guerra, porque las demás labores de cultivar y conducir las ejecutan con los bueyes, los cuales bien que sean más lentos que los caballos todavía en el ejercicio son más sufridos y menos sujetos a enfermedades fuera de que son de menos gasto y, cuando no se puede por la vejez usar dellos, se pueden comer. Siembran solamente trigo, beben vino de uvas y gastan sidra, o agua pura, o cocida con regaliz, de que tienen mucha abundancia. Y aunque tantean cuanta vitualla se consuma en la ciudad y el contorno, sin embargo siembran más para dar a los vecinos. Todo instrumento de la labranza se toma de la ciudad por mano del magistrado sin costa alguna, y muchos concurren todos los meses en los pueblos a las fiestas solemnes. Cuando es tiempo de segar los panes, los que gobiernan la labranza avisan a 1os magistrados cuanto número de ciudadanos deban enviar a la siega; y, concurriendo todos a un tiempo en día sereno, casi ponen en cobro todo el grano.

**De las ciudades, especialmente de Amauroto. Capítulo II.**

El que ha visto una de aquellas ciudades las ha visto todas. Tanto son semejantes las unas con las otras, donde la disposición del sitio lo consiente, haré relación de una, bien que no importe más describir esta que aquella. Sin embargo, diferiré de Amauroto, por ser más digna, y tener dentro de sí el senado, y de todas las más ennoblecida y de quien yo me hallo con mayores noticias por haber morado en ella cinco años. Tiene pues su asiento a la falda de un monte, su forma es cuadrada porque su latitud poco a poco se extiende desde la cima de un collado, distancia de dos mil pasos hasta llegar al río Anidro, y pasada la ribera se prolonga algo más. Este río nace ochenta mil pasos a la parte arriba de Amauroto de una pequeña fuente, pero con el concurso de otros ríos, y especialmente el de otros dos medianos, que entran en él se aumentan sus aguas. Antes de llegar a la ciudad se extiende su corriente quinientos pasos, luego, se va ensanchando más hasta que por el discurso de sesenta mil pasos entra en el océano. En todo este espacio que hay de la ciudad al mar, y algo más arriba hacia el nacimiento, creciendo y menguando el mar hace regolfos con la velocidad del río por seis horas continuas. Cuando entra en el piélago por distancia de treinta mil pasos se conoce su corriente, haciendo reflexión las aguas del Anidro con el encuentro de las del mar. Entonces se salobran sus aguas por algún espacio, si bien después cobran su antiguo dulzor. Pasa por la ciudad, sin mezcla de salado, y, en bajo mar a las veces limpio y sin corromper, se llega casi a las entradas de él. Correspóndese la ciudad a la ribera enfrente, no con barcos ni otros instrumentos de madera, sino con una insigne puente arqueada de sillería asentada hacia la parte más remota del mar porque las naves puedan arribar sin daño aquel lado de la ciudad. Tienen otro río más grande, más manso y apacible; nace en el mismo monte, en que está fundado el lugar, bañándola, la atraviesa por medio a la parte baja, y después se junta con el Anidro. Por nacer este río tan cerca de la ciudad, los amauretanos juntaron con ella su nacimiento con baluartes y pertrechos, porque si el enemigo acometiese, no les pudiese quitar ni atosigar el agua, la cual conducen por arcaduces de barro a diferentes parajes de lo último de la ciudad. Y si la naturaleza del sitio en alguna parte no da lugar a esto, el agua que se junta en grandes albercas es del mismo provecho. Cerca de la ciudad una muralla alta y gruesa con muchas torres y parapetos. El foso es seco, pero profundo y ancho, muy intricado, defendido con zarzas y cambroneras por las tres bandas. Por la otra, el río sirve de reparo. Las plazas están fabricadas, así para el comercio como para el abrigo cómodamente. Los edificios no son deslucidos, antes en todos los barrios se continúa un modelo, como se conoce en las fachadas de las casas. Las calles tienen veinte pasos de latitud y a las espaldas dellas todo lo que tiene de ancho el barrio es jardín cercado en contorno. Todas las casas usan de puertas principal y falsa. La una y otra son fáciles de abrir, y ellas sin poner cuidado en ello se cierran fácilmente. De fuerte, que a cualquiera se franquean para entrar, porque nadie posea cosa particular. Y por esto cada diez años truecan casas, echándolas por suerte. Hacen estimación destos jardines. En ellos plantan viñas, árboles frutales, hortalizas y flores con tanta hermosura y buena labor, que no me parece he visto cosa más útil y elegante. En este cuidado no solo tienen deleite, peor atención de manera que compiten entre ellos quien tiene estas posesiones con más cultura y más buena labor. Y es cierto que no se hallara en toda la ciudad otra ninguna cosa más acomodada, ora sea para provecho, ora para deleite de los hombres, porque parece que el que la fundó en ninguna puso más cuidado que en estos jardines. Y aún es fama que Utopo desde sus primeros principios dejó el entero modelo y traza desta ciudad, pero en cuanto al adorno, y policía concedió a los venideros que pudiesen reformar lo que conviniese advirtiendo que para esto no bastaba la edad sola de un hombre. Así lo refieren sus anales (estos tienen guardados como escritos cuidadosa y religiosamente desde que se apoderó de la isla, contienen la historia de mil setecientos y sesenta años) que las casas que hoy son principales, fueron pajizas como cabañas y chozas fabricadas de toda manera sin distinción las paredes de tapia, los techos cubiertos de carrizos, retamas y otras matas. Mas ahora toda fábrica de las casas contiene tres altos: lo exterior de las paredes es de piedra viva o labrada o ladrillo, y lo interior de argamasa. Los terrados llanos y descubiertos se hacen de cierto betún de cosas molidas y de poco gasto, pero de tal temperamento que no le emprende el fuego y defiende de las injurias temporales más que el plomo. Contra los vientos usan de vidrieras en las ventanas (porque en aquella tierra hay mucho vidrio) y a veces también se valen de encerados de lienzo con aceite o goma, que sirven para dos usos: para resistir los vientos y dar más luz.

**De los magistrados. Capítulo III**

Todos los años eligen para cada treinta familias un magistrado, que en su lengua antigua llamaron sifogranto, en la moderna, filarco. A cada diez destos sifograntos y a sus familias nombran otro magistrado superior, que llamaron traniboro, ahora protofilarco. Finalmente, todos los sifograntos, que son en número doscientos, hacen juramento que elegirán por votos secretos por cabeza y príncipe uno de cuatro propuestos por el pueblo al que tuvieren por más conveniente. Y cada cuarta parte de la ciudad, propone uno al senado. Esta dignidad del príncipe es perpetua por toda la vida, como no venga en sospecha de que trata tiranizar el estado. Los traniboros los señalan solo por un año, mas no los mudan sin causa. Todos los demás ministros y oficiales son añales. Los traniboros consultan con el príncipe cada tercer día, aunque, si el negocio lo pide, se juntan más veces. En la consulta tratan de las cosas de la república, procurando componer las diferencias de los particulares (si las hay, que siempre son pocas). De los sifograntos introducen todos los días dos en el senado por su orden, previniendose que no se acuerde negocio de importancia que toque a la república sin haberse conferido tres días antes que se determine. Tiénese por delito capital tratar de algún negocio público fuera del senado y de sus juntas señaladas. Estas ordenanzas miran a que el pueblo no sea oprimido por la violencia y acechanzas del príncipe y traniboros. En esta consideración, todo lo que se juzga por de importancia se comunica con la junta de los sifograntos, estos dan parte a sus familias de la materia que se trata y la consultan entre ellos, y de la resolución avisan al senado. Tal vez se tratan los negocios en las juntas generales de toda la isla. El senado también tiene por estilo que no se discurra sobre ningún negocio que se propone el primer día, antes se difiera para el Ayuntamiento siguiente, porque ninguno a caso, sin precedente consideración diga arrojadamente lo primero que le ocurre, y, por sustentarlo, después trate más de defender su parecer que de utilidad y causa pública. Que muchos llevados de una vergüenza necia, porque no parezca que en sus principios fueron poco advertidos y circunspectos, se inclinan más a aventurar la salud común que su opinión particular en aquello que debían tenello desde luego bien mirado para hablar con más consejo que arrojamiento.

**Ocupación, artes y ejercicios. Capítulo IV**

La agricultura es ocupación común a hembras y varones, la cual saben y ejercitan sin distinción. Enseñánsela desde su menor edad por preceptos en la escuela y por ejercicio en el campo, que está más vecino a la ciudad, como por entretenimiento, no solo mirándolo, pero manejándolo y empleando las fuerzas del cuerpo. Fuera de la agricultura (que como he dicho es común a todos), cada cual instruido en algún otro oficio distinto, como labrar lana, lino, cantería, herrería, carpintería u otro arte de manos. No se reconoce otro empleo mecánico de que pueda hacer memoria. El traje es uniforme en toda la isla y en ningún tiempo se ha hecho novedad (solo hay diferencia en el sexo, que de una suerte visten los hombres, de otra las mujeres y en los estados; porque diferente traje es el de los casados que el de los que no lo son) es agradable a la vista, acomodado al uso, a propósito para defensa del frío y del calor. Cada familia fabrica su vestuario a su gusto. Pero de las demás artes cada uno, así hembra como varón, aprende el que la agrada a su elección. Las mujeres se ejercitan en las de menor trabajo, labrando lana y lino, y los varones se encargan de las de mayor afán. Por la mayor parte el hijo sigue la profesión del padre, porque casi siempre a ella se inclinan por naturaleza. Y si alguno tiene propensión inclinada a otro oficio, pasa por adopción a la familia que trata de aquel ministerio a que es inclinado. El cuidado desta enseñanza no solamente le encarga al padre natural, pero también interviene el magistrado, dándolo a padre adoptivo, honesto y grave. Si alguno después de haber salido bien instruido y enseñado en la profesión desea saber otra, se le permite; y, enterado bien de entrambas, ejercita la que más le agrada, si ya otra ciudad no necesita de alguna de las que deja. Está a cargo de los magistrados sifograntos cuidar y reconocer que no haya vagabundos, mas que cada uno esté cuidadosamente ocupado en su ministerio. No comienzan su labor muy de mañana, ni trabajan continuamente, ni hasta muy de noche, ni se fatigan con perpetua molestia, como las bestias; porque es infelicidad más que de esclavos, la vida de los oficiales, que perpetuamente han de estar trabajando como trabajan toda la vida fuera de Utopía, donde dividen el día y la noche en veinticuatro horas. Seis horas disputan para el trabajo, tres antes del medio día, dejando la labor, van a comer. Tienen de siesta dos horas, después de haber comido. Cuando han reposado, vuelven al trabajo por otras tres horas, las cuales rematan con la cena. La primera hora de las veinticuatro es la de medio día. A las ocho se retiran a dormir ocho horas. En los intermedios de comer, cenar y dormir se les concede que cada uno gaste el tiempo en lo que tuviere gusto a su albedrío. Pero no de suerte que le emplee mal en excesos, ni holgazanerías, pero libre de su ocupación se divierta en algún ejercicio virtuoso a su elección. Estas horas privilegiadas, los más las gastan en el estudio de las letras, porque se acostumbra tener lecciones públicas antes de amanecer, a las cuales asisten de necesidad solamente aquellos que están señalados y elegidos para cuidado del estudio. Además destos, voluntariamente de todos estados, así hombres como mujeres concurren en número grande a oír los maestros, cada uno según su afición le quiere emplear en su arte (que a muchos acontece), cuyo genio no se aplica a la contemplación de las ciencias, no se le prohíbe, antes es alabado, porque es de utilidad a la república. Después de cena tienen una hora de entretenimiento en el verano en los jardines y en el invierno en las salas en que comen todos. Allí ejercitan la música o pasan en conversación. Juegos de dados, ni otros prohibidos, ni los tratan ni los entienden. Los que usan son dos juegos parecidos a los del ajedrez. El uno es una batalla de tantos a tantos, en el cual los de una parte despojan y roban a los de la otra. El otro, en que formando un escuadrón, los vicios pelean contra las virtudes. En el cual juego muestran discretamente la oposición que tienen a los vicios y la concordia con las virtudes, y también qué vicios se oponen a qué virtudes, y les hacen guerra y contradicción. Con qué pertrechos acometen de la parte contraria y con qué armas defensivas las virtudes quebranten y desbaraten las fuerzas de los vicios, con qué ardides rebatan sus acometimientos. Finalmente con qué industria y trazas la una de las partes alcance la victoria. Pero porque en esto no os dejéis llevar de algún engaño es bien que lo advirtáis con más atención. [fol 8r] Porque como son seis horas no mas las señaladas para el trabajo, será posible que imaginéis que esto venga a hacer falta en las cosas forzosas. Lo cual está muy lejos de suceder porque este tiempo no solo basta, pero aún sobra para procurar la abundancia de todas las cosas necesarias para pasar la vida y para la comodidad de ella. Primeramente, casi todas las mujeres, que son la mitad del pueblo, y donde las hembras trabajan, allí los hombres se dan al reposo. Demás desto gran número de sacerdotes y religiosos que no se ocupan en la manufactura, a los cuales se llegan los ricos señores de heredamientos (a quienes el vulgo llama nobles y caballeros). Poned en esta cuenta toda la caterva de los que sirven a estos de espadachines, truhanes; y después destos los mendigos que tienen salud y fingen alguna enfermedad, para su holgazanería hallaréis con certeza que son muchos menos los que se ocupan en el trabajo de las cosas necesarias y considerad bien como estos mismos son muy pocos los que tratan de los precisamente necesario. Porque donde todo se compra por el dinero, es forzoso que haya muchas artes totalmente vanas y superfluas, que solo sirven al antojo y exceso. Si estos pocos que trabajan se dividieran en tan pocas artes, cuales solo son menesterosas a la vida humana, bajaran sin duda los precios de las cosas de manera que los hombres alcanzaran a vivir con comodidad. Y si advertís que todos estos que se ocupan en artes inútiles y la chusma holgazana, que pasa en ocio y flojedad, se ocuparan en obras de provecho para todos (las cuales cualquier artífice destas manufacturas y holgazán que se sustenta con los trabajos de los otros, gastan tanto como dos oficiales de los útiles) aquel poco tiempo bastara y aún sobrara para abundar de todas las cosas que la necesidad de la vida o la comodidad della pide, y aún también de los deleites verdaderos y naturales, de lo cual la experiencia nos da verdadero testimonio en Utopia. Porque allí toda la ciudad con sus aldeas en contorno apenas se les permite holgar a quinientas personas, así hombres como mujeres, cuya fuerza y edad es hábil para el trabajo. Entre estos, los sifograntos (si bien las leyes los hacen exentos), no se escusan del obraje por convidar a los demás con el ejemplo a que trabajen. Del mismo privilegio gozan los estudiantes, a quienes por acuerdo de los sacerdotes del pueblo por votos secretos de los magistrados les concede que solo se ocupen en las buenas disciplinas y artes. De los cuales, si alguno no corresponde a las esperanzas que del se tenía, le sacan de los estudios a lo mecánico. Y por el contrario sucede muchas veces, que el mecánico en aquellas horas sobradas haya aprovechado tanto en las letras, que sacándolo de aquel oficio, lo promueven al de los estudios. Destas clases de los estudiosos salen los embajadores, los eclesiásticos y los magistrados, traniboros y el mismo príncipe, al cual en su lengua antigua llaman barzanes, y en la moderna, ademo. La demás muchedumbre que siempre trabaja y está ocupada en artes útiles, fácil es de juzgar cuanto obran en pocas horas. Además destas cosas que he referido, añade facilidad ver que en las artes usuales necesitan de menos trabajos que otras gentes. Porque viniendo lo primero a la fábrica de algún edificio obra o reparo del en otras partes, es necesario en la continuación del trabajo haya muchos, porque lo que el padre edificó, el heredero prodigo y sin concierto dejó por descuido, que poco a poco se arruinase; de suerte que lo que pudo repararse, a poca costa el sucesor se halla después obligado a edificar de nuevo y aún ordinariamente la casa, que el ponella en pie al primer dueño le costó muy gran gasto, el otro no cuidando de su reparo, por su ánimo descaecido la deja arruinar o por menosprecio en breve tiempo se allana por el suelo con que edifica otra en diferente parte, no a menor costa. Pero en Utopía no pasa así, porque compuestas y ordenadas de una vez las casas todas, y fundadas las repúblicas raras veces acontece que se elija nuevo sitio para fundar edificios, y no solo acuden al reparo con brevedad, de lo que se va cayendo, pero previenen en tiempo a lo que amenaza ruina. Por esto sucede, que con poco trabajo, las fábricas duren mucho tiempo y que los maestros destas artes tengan poco en que entender, sino es labrar con cepillos y azuelas madera, y con pico y escoda piedra, para que cuando la necesidad lo pida, acudan con más brevedad al reparo. En la obra de vestidos, ya se ha visto cuan poco tiempo han menester. Lo primero, porque cuando trabajan se visten, con poco aseo, de pieles de animales que duran siete años. Cuando salen en público, se ponen encima otra ropa que cubre aquellas groseras pieles, y todas del color natural de la lana, sin artificio. Esto en toda la isla, y aún del paño, así de lana gastan mucho menos que en otras partes, y labrado a menor costa y el lino con menos trabajo. Este se gasta y usa más. En lo que se labra de lienzo, solo se procura la blancura en lo que de lana la limpieza, sin hacer aprecio de que sea más o menos delgado. De aquí procede que lo que en otras partes no bastan para uno solo cinco vestidos de diversos colores, unos de lana y otros de seda, y a los más aseados, ni aún diez, los utopianos están muy contentos con uno y les dura dos años, pareciéndoles que no tienen causa para codiciar otros que los que han hecho, porque no con otros están más defendidos del frío ni del calor, ni por lo sutil les parecen más aseados y curiosos. Por lo cual, ejercitándose todos en artes provechosas y los efectos que dellas resultan, aunque sea menos, bastan para lo necesario con abundancia, de donde procede que, habiéndola de todas las cosas, sobra gente, y a las veces sacan mucha para el reparo de las calles y caminos públicos. Si hay algunos mal aderezados que necesitan de restaurarse, y, muchas veces, aunque no haya necesidad de alguna obra, les ordenan que por algunas pocas de horas trabajen en las públicas. Porque los magistrados no ocupan a los ciudadanos en trabajos inútiles y superfluos, pues que la institución, y motivo desta república principalmente atiende solo a este fin, a que satisfechas las necesidades públicas, en cuanto a ellas dieren lugar, lo más del tiempo que sobra de los empleos serviles, se reduzca a que los ciudadanos gocen de la libertad y contemplación del ánima, porque, en esto juzgan, consiste la verdadera felicidad.

**Del comercio. Capítulo V.**

Parece puesto en razón declarar de qué manera los ciudadanos comercien entre sí, y cómo traten sus correspondencias. Pues siendo así que de familias se compone la ciudad y que los parentescos forman las familias, siempre (en llegando a tomar estado las mujeres) habiéndose casado van a las casas de sus maridos, mas los hijos que tienen varones y los nietos viven en su familia, debajo del gobierno y obediencia del más anciano della. Y si a la edad no le tiene enflaquecido el discurso, que en tal caso el inmediato en la edad sucede en su lugar. Mas porque no falte población a la ciudad ni se aumente en demasía, tienen ordenado que ninguna familia (de los cuales tiene seis mil cada ciudad) pueda sustentar menos de diez mancebos, ni más que dieciséis. De los adultos no hay número determinado. Guardase este medio pasando los que sobran de una familia a otra que le faltan con los cuales se llena. Si alguna vez se multiplican más de lo determinado y justo, con los que sobran reparan lo que hay despoblado en otras de sus ciudades. Si a caso en toda la isla hubiere muchedumbre de gente, hacen padrón della y, en la tierra, continente fundan colonias sujetas a sus mismas leyes, convidando a los naturales de la tierra si les agrada vivir en su compañía. Habiéndose juntado con los que aceptan, fácilmente se conforman en las costumbres y leyes con conveniencia que mira al bien de ambos pueblos. Desta suerte hacen con sus buenas ordenanzas que se fertilice la tierra que antes era estéril y miserable. A los que no conforman con sus institutos los echan de los términos que han señalado para sí y a los que se resisten les hacen guerra teniéndola por justa. Cuando algún pueblo prohíbe al otro el uso y posesión de lo que por estar vacío y desocupado el terreno de que ningún otro pueblo se aprovecha. Y por ley y orden del derecho natural, lo puede gozar y allí vivir y apoderarse del dominio o uso de aquella tierra. Cuando sucede a las ciudades de la isla algún caso desastrado, de manera que guardando sus estatutos no se pueda reparar (lo cual ha sucedido dos veces en muchos siglos por calamidad y pestes), vuelven a sacar de las colonias el número competente a su reparo porque tienen por más acertado conservar la casa propia que buscar la ajena. Mas volviendo a la manera de vivir destos (como he dicho), el más antiguo preside a la familia. Las mujeres sirven a sus maridos, los hijos a sus padres y, generalmente, los de menor edad a los mayores. Cualquiera de las ciudades se reparte en cuatro colaciones iguales. en medio de cada una destas parte hay una plaza donde se hallan todas las cosas. Allí se traen a casas determinadas lo que ha trabajado cada familia, y cada especie de grano se acomoda en diferentes alhoríes con distinción. Destas casas diputadas cualquier padre de familia saca todo aquello de que tiene necesidad para sí y para los suyos sin dinero ni otra recompensa. ¿Porque se le tiene de negar nada, habiendo allí abundancia de todas las cosas y sin recelo de que nadie ha de pedir lo que no ha menester? ¿A qué propósito ha de pedir lo superfluo aquel que tiene por cierto que no le ha de faltar nada de lo necesario? Siendo manifiesto, que donde no hay temor de que falten cosas necesarias y cesa la ambición del querer aumentar demasiadas riquezas (cosas que hacen los hombres codiciosos y atrevidos) y, como esto no sucede a los utopianos, viven con quietud. Junto a las plazas (de que hice mención) hay otras que dicen de bastimentos, a las cuales se traen como hortalizas, frutas y pan, pero el pescado, carnes de aves y animales y cualquier otro bastimento que puede causar horror tienen lugares señalados fuera de la ciudad, cerca del río, donde se puedan lavar las inmundicias. De aquí llevan las reses muertas limpias primero por mano de sus esclavos, porque no consienten que sus ciudadanos se ocupen en degollar, desollar ni cortar los animales (que, de usar esto, juzgan se vuelven fieros, crueles, inhumanos, y temen que el afecto de la piedad natural se ha de ir perdiendo poco a poco) y prohíben que ninguna cosa inmunda, sucia y asquerosa entre en el lugar (cuya putrefacción corrompa el aire y así inficionado cause enfermedades). Cada barrio tiene ciertas aulas públicas apartadas unas de otras igual distancia, conocidas por sus nombres, en ellas moran los sifograntes, a cada uno de los cuales se le señalan treinta familias de condición, que quedan acomodadas a cada banda quince familias juntas a comer en ellas. Los despenseros destas salas se juntan a horas señaladas en la plaza para pedir provisión conforme al número de sus familias. Pero primero se atiende al regalo de los enfermos, los cuales se curan en hospitales públicos, que hay cuatro en cada ciudad, fabricados fuera della, tan capaces que parecen poblaciones pequeñas: lo uno, porque si hay gran número de enfermos no estén estrechos y con incomodidad, lo otro, porque si hubiese algunos de mal contagioso y pegadizo, puedan estar apartados de los otros. Están estos hospitales también dispuestos y tan llenos y apercibidos de todas aquellas cosas que miran a la salud. Y servidos con tanta caridad y cuidado, y tan bien asistidos de médicos doctos que, si bien no es fuerza que se recojan allí todos los enfermos, con todo, ninguno que adolece deja de querer más pasar la enfermedad en este sitio que en su casa. Cuando el despensero de los enfermos ha tomado las cosas necesarias conforme el orden y receta de los médicos, después lo mejor por iguales partes se reparte con atención al número y se distribuye en las salas. Si ya no se tiene respeto a lo que pide el príncipe, prelados y los traniboros y también los embajadores extranjeros (si es que hay algunos) que siempre asisten pocos, y a estos, cuando los hay, tan bien les tienen casa señalada y aderezada. Asisten a estas aulas o tinelos los sifograntes y las familias, que les tocan llamados al son de trompetas a la hora de comer y del cenar si ya no es que están enfermos en sus casas o en los hospitales y a ninguno se le prohíbe después llevar de la plaza refacción a su casa porque están persuadidos que ninguno hace esto sin necesidad que, aunque es lícito a todos comer en sus casas, ninguno lo hace con gusto porque no lo tienen por decente y lo reputan a inadvertencia encargarse de cuidado escusado pudiendo comer en los tinelos tan espléndida y regaladamente, sin afán de prevención, mayormente estando todas las cosas tan a mano. En estas salas se encargan los esclavos de todos aquellos ministerios que se tienen por serviles y no decentes. En lo demás del aderezar y guisar las viandas, últimamente toda la disposición de las mesas corre por cuenta de las mujeres pasando turno por las familias. Ponense mesas, tres o más conforme el número de los que han de sentar. Los varones se sientan arrimados a la pared, y las hembras en los bancos de afuera y por si les sobreviene algún accidente (especialmente a las preñadas), puedan acudir a la necesidad y a las nutrices sin descomponer las mesas. Estas asisten allí algo apartadas, en pieza particular con los niños de pecho y siempre tienen prevención de lumbre y agua clara, y aún cunas, donde recogen los niños y al fuego los desenvuelven y recrean. Toda madre cría su hijo si no lo impide la muerte o enfermedad, y cuando esto acontece, las mujeres de los sifograntos con brevedad buscan amas y las hallan con facilidad porque las que pueden hacer este oficio a ninguna cosa acuden con más voluntad, y todas, con alabanza, ejecutan esta obra de piedad y el muchacho tiene, en lugar de madre, a la que le cría. Están todos los niños sentados juntos en el cuarto de las que les dan el pecho, esto hasta haber cumplido cinco años, los demás jóvenes mozuelos y los que están por casar, así hembras como varones sirven a las mesas, y los que no tienen edad suficiente, asisten a las espaldas y comen de lo que les dan los que están sentados, y este tiempo tienen señalado para su comida y no otro. La mesa principal del cenáculo está a la cabecera desde la cual se ve toda la junta. En medio della está sentado el sifogranto con su mujer, luego le siguen dos de los más ancianos, y se van sentando por todas las mesas de cuatro en cuatro. Y si en aquel contorno hay templo, el sacerdote y su mujer se sientan igualmente con los sifograntos y de entrambas partes se van acomodando los más mozos, después de los viejos. Y con este concierto se juntan todos los de una edad por toda la sala, aunque se mezclen con los de semejantes. Y dicen que lo hacen así y está establecido desta suerte porque la reverencia y autoridad de los mayores reforme la licencia del hablar, meneos y visajes de los menores, siendo así que no puedan decir o hacer cosa que no la hayan o vean los ancianos desde cualquier parte. Sirven las mesas y dan los manjares a los más ancianos, que ocupan lugar señalado, llevándoles lo mejor aderezado, y luego sirven por igual a los demás. Dáseles a los ancianos lo más regalado y curioso de que no podrá haber bastante para todos, mas ellos reparten dello a su voluntad con los que tienen más cerca. Desta suerte se les guarda el competente decoro a los ancianos y gozan todos los de las viandas. Leenles mientras dura el comer y el cenar alguna cosa moral y con brevedad, porque no les cause fastidio. Después de la lección, los ancianos mueven pláticas gustosas y decentes, y no con largos discursos ocupan todo el tiempo que se gasta en comida. Antes a veces oyen de buena gana a los mancebos. Y aún de industria les ocasionan para que con la licencia de los manjares reconozcan el natural y habilidad de cada uno. Las comidas del mediodía son más breves, y las cenas de la noche más largas porque aquellas el trabajo, y estas, el sueño y el descanso de la noche las abraza y digiere mejor, lo cual tienen ellos por más conveniente para el cocimiento natural del alimento. Usan de música en la cena y por postre frutas secas, recreanse con buenos olores, gastando pastillas y pebetes y aplicando lo que puede ser de agrado a los que asisten que destas cosas se dejan llevar el ánimo. Porque están persuadidos no es prohibido cualquier género de deleites de quien no se siguen convenientes. Desta manera pues se juntan en la ciudad. Los que acuden al campo, cada cual se acomoda en su granja con su familia, que a ninguno le falta lo necesario como aquellos de quien se sustentan las ciudades.

**Del modo de peregrinar. Capítulo VI**

Si el deseo de ver a sus amigos que residen en otra ciudad o la curiosidad de ver la misma ciudad estimula a algunos, con facilidad alcanzan licencia de los sifograntos y traniboros si ya no lo estorbase alguna utilidad pública. Van acompañados y con patente del príncipe, en que se dice cuando parte y señala para cuando ha de volver. Dásele un carro y para su servicio un esclavo de los públicos que trate y guía los bueyes que le llevan en llegando donde va. Si no lleva consigo su mujer, vuelven a remitir el carro por quedar más desocupados. Aunque no llevan bastimentos, nunca les falta en todo el camino como si estuvieran en su casa. En cualquier lugar donde paran más de un día, cada uno ejercita su arte y los de su profesión, le tratan humanísimamente y le regalan. Pero al que sale de sus términos sin licencia ni patente del príncipe, le tratan con mucho rigor y afrenta, y castigándole con severidad este atrevimiento, le hacen volver, y como a fugitivo le obligan a servir. Pero si alguno le da gusto dar vuelta por los campos de la ciudad, lo puede hacer, dándole licencia su padre, y, con gusto, su mujer. Y en cualquier casería que llegare, ha de ganar primero la comida, cumpliendo con la tarea que se le señalare antes de sentarse a comer o cenar, según el tiempo que en aquella parte se acostumbra trabajar. Con esta condición puede andar por los términos de la ciudad y viene a ser del mismo útil que si asistiese en ella. Ya veis como en ninguna parte hay ocasión de estar ociosos, ni color de ser vagabundos, no hay almacenes de vino, ni de cerveza, ni casas públicas de mujeres deshonestas, ni cosa alguna que ocasiones corrupción, no hay refugios donde esconderse ni se permiten juntas. Antes el estar a la vista de tantos hace que el trabajo honesto parezca forzoso. De la cual costumbre resulta que haya abundancia de todas las cosas, y que participando igualmente todos dellas, no hay pobres ni mendigantes. En el senado de amauroto (al cual como se ha dicho acuden todos los años de todas las ciudades tres diputados) luego que se sabe de las cosas: que hay abundancia en un lugar y también la esterilidad de otro por la mala cosecha, se ordena que la falta del uno la remedia la abundancia del otro. Esto lo hacen sin interés alguno, sin recibir premio de aquellos a quienes lo dan, antes cuando a ellos les falta alguna cosa de las necesarias nunca lo piden a la ciudad, a quien han socorrido en sus necesidades porque no parezca que cobran, sino se valen de aquellos pueblos a quien no han ayudado. Desta suerte toda la isla es como una familia. Después que con atención han proveído bastantemente lo necesario (lo cual no les parece que está cumplido hasta que tienen bastimento cabal para dos años) de aquellas cosas que sobran llevan a otras provincias gran cantidad de los esquimos, de los frutos de trigo, miel, lana, lino, cochinilla, pescados de concha, vellones de castores, cera, sebo, corambre y, además desto, ganados. La séptima parte destas mercaderías dan de limosna graciosamente a los pobres de aquella tierra y lo demás venden a moderados precios. Deste comercio vuelven a su patria en retorno suma grande de oro y plata y otras mercaderías que les faltan, que son pocas, fuera del hierro. Con la continua correspondencia deste trato abundan destos preciosos metales más de lo que se puede creer. Así no tienen por ganancia dar las mercaderías de contado o al fiado para un día señalado, por esto tienen gran parte de su caudal en escrituras. Pero en el otorgallas no se satisfacen del crédito de los particulares si no interviene la república y se obliga la ciudad a quien se da. Lo cual, cuando llega el plazo de la paga, cobra de los particulares deudores lo fiado y lo pone en el erario público y da intereses hasta que lo pidan los utopianos. Los cuales nunca sacan la parte principal o capital porque no tienen por justo privar de aquel caudal a los que lo han menester. Fuera desto, si el caso lo pide, como es haber de dar prestado a algún otro pueblo dinero con esta ocasión lo cobran o cuando han de hacer guerra. Para la cual ocasión sola guardan todo su tesoro en sus casas, para tenello a la mano y valerse dello en los extremos peligros o en los súbitos casos, principalmente asueldan milicia forastera (que a estos ponen de mejor gana en el peligro y riesgo que a los suyos) y se les señalan aventajados sueldos conociendo que el dinero hace a los enemigos amigos y ocasiona a trato y entriego[[1]](#footnote-1) entre las mismas banderas. A este intento conservan y juntan estimable tesoro, antes con tal desprecio que temo no he de ser creído si lo refiero. Y cuanto más enterado estoy de lo cierto, temo más. Y si yo no lo hubiera visto con los ojos propios, con dificultad me dejara persuadir de otro que lo contaram, porque es forzoso que el que no esté bien informado de sus estatutos y ordenanzas se halle muy extraño en creerlo. Si bien cualquiera que juzgare las cosas con buen seso, cuando conozca y vea que sus leyes y costumbres son muy desemejantes a las nuestras, se maravillará menos si el uso del oro y de la playa se acomoda más al trato y comercio de los utopianos que a nuestras costumbres. Porque verdaderamente ellos no usan destos metales, pero los guardan para el suceso que puede acontecer o no. De cualquier manera que sea entre ellos, no tiene más estimación el oro que su valor intrínseco. Porque ¿quién no reconoce cuánto más necesario es el hierro para servirse del que el oro y la playa, sin el cual los hombres no pueden vivir como no pueden sin el fuego y el agua? Siendo así que la naturaleza al oro, ni a la plata dio virtud de que podemos privarnos fácilmente si la ignorancia de los hombres no hubiera dado estimación a lo más raro. Antes, por el contrario, la próvida naturaleza, madre piadosa, las cosas mejores nos las hizo fáciles, como el aire, agua y la misma tierra. Las viles, y de ningún provecho las apartó y escondió de aquella, que ayuda poco. Por esto si estos tesoros los esconden en alguna torre el príncipe y el senado (según es sagaz la ignorante malicia del vulgo) vendrían en sospecha de que trataban engañar al pueblo y que lo encaminaban a alguna utilidad suya, como que quisiesen, venida la ocasión, labrar moneda para pagar soldados o alguna vajilla curiosa, porque tienen por cierto que llevarán con dificultad se les quite, lo que habían comenzado a tener por deleite cuando viniese la necesidad de fundilla para sueldo de la milicia. Para excusar estos inconvenientes pensaron este arbitrio, si bien muy conforme a su costumbre, contrario a las nuestras, que con tanta diligencia guardamos el oro, y le estimamos tanto y así este desprecio no le podrían creer, sino los expertos. Pero teniendo vajilla de barro y de vidrio en que comen y beben. Del oro y plata así en las casas que tienen comunes, como en las particulares hacen orinales y bacinillas paras las necesidades más inmundas. Demás desto de los mismos metales labran grillos y cadenas gruesas para castigo y prisión de los esclavos y por pena de los delitos más infames, cuelgan zarcillos de las orejas del delincuente y les llenan los dedos de anillos de oro y del mismo oro hacen cabestrillos para el cuello y de piezas de oro les cubren las cabezas en castigo de su delito. Así por todos caminos procuran envilecer e infamar la estimación del oro y de la playa. De donde procede, que estos metales, que son tan gratos a las otras naciones son tan despreciados de los utopienses, que perdiéndolo todo, no les parece que pierden una blanca. Hállanse perlas en sus riveras y en algunas rocas diamantes y carbuncos, no los buscan, pero si a caso se les ofrecen a las manos, no los desprecian y los perfeccionan. Con ellos engalanan los niños, que en sus primeros años están con tales galas, muy alegres, y usamos. Pero cuando son de mayor edad y advierten que aquellos juguetes no son sino para niños, sin que sus padres se lo adviertan, corridos y avergonzados los dejan, no de otra manera, que los nuestros dan de mano a sus dijes y muñecas. Así que yo nunca acabe de entender claramente como estos institutos, tan de toda suerte contrarios a los de todas las demás gentes, causan diversos afectos e inclinaciones hasta que vinieron allí embajadores de los anemolios. Llegaron estos a Amauroto, estando yo allí y porque venían a tratar cosas de gran importancia, para su ajustamiento, habían traído tres ciudadanos de cada ciudad de la isla, pero los demás embajadores de las provincias comarcanas, prácticos en las costumbres de los utopianos, y que tenían entendido que no hacían estima del traje suntuoso y que menospreciaban las sedas y joyas. Y aún sabían que antes las tenían por afrenta, siempre habían acostumbrado a venir con hábito modesto. Empero los embajadores de Anemolio, como habitaban más distantes y tenían menos comunicación con ellos, habiendo oído decir que todo usaban de traje tosco y grosero, no persuadiéndose a creer que lo dejaban de hacer por otra causa que por necesidad. Mas arrogantes que divertidos, tomaron resolución de representalles y maravilla a los ojos de los utopianos con el aparato y curiosidad de su vestir, con el esplendor y hornato de sus galas, de manera que entraron tres embajadores con ciento de acompañamiento, todos vestidos de diferentes colores, los más dellos de seda, y los mismos embajadores, por ser en su provincia de los más nobles, con recamados de oro, adornados de cadenas y sortijas de gran precio y cintillo de valor, por sus piedras estimables guarnecidos de perlas, y en todas maneras, con aderezo de oro de martillo que es lo que entre los utopianos sirve de castigo a los esclavos de afrenta, y pena a los infamados delincuentes, y de juguetes a los niños. Era maravilla ver el engreimiento de los embajadores cuando cotejaban sus galas con el humilde traje de los utopianos (que en la plaza se había juntado gran parte del pueblo), y por el contrario no era de menos gusto considerar cuan burladas se hallaban sus esperanzas, y que lejos estaban de ser estimados con aquella veneración que ellos esperaban. Verdaderamente que a los ojos de todos los de Utopia, que no había salido della (fuera de algunos, que habían peregrinado por otros reinos con causa justa) aquella hermosura y esplendor del aparato les parecía cosa afrentosa. De suerte que encontrando los saludaban a los criados más humildes (teniéndolos por los señores) con gran reverencia y juzgando que los mismos embajadores eran esclavos por las muchas cadenas y oro que traían; dejábanlos pasar sin pasar sin hacerles cortesía alguna de ninguna suerte. Que mas diré, sino que si hubiérades visto a los muchachos que habían dejado ya sus dijes advirtiendo adornada la cabeza de los embajadores de pedrería llenos los sombreros y gorras. Hablaban a sus madres y les herían el lado diciendo: “¿Madre, veis este simple que usa perlas y joyas como si fuera niño?” Ellas replicaban muy de veras: “calla, que según entiendo es uno de los simples de entretenimiento de los embajadores”. Otros murmuraban de las cadenas de oro como de ningún provecho diciendo que eran tan delicadas que el esclavo las rompería con facilidad, y tan flojas, que cuando quisiesen escaparse podrían salirse libres y huir de la prisión. Pero los embajadores, habiendo estado allí uno o dos días y advertido la gran abundancia de oro que había sin estimación y que allí no lo despreciaban menos que en sus provincias lo estimaban, y notando que en las cadenas y grillos de un solo esclavo fugitivo había más oro y playa que podía valer todo el aparato de los tres embajadores avergonzados de aquel argullo que ostentaban con tanta arrogancia, dejaron el engreimiento principalmente después de haber comunicado con más familiaridad con los utopianos y haberse hecho capaces de sus instintos, costumbre y opinión. Maravillándose los de Utopía, que hubiese algún hombre cuerdo a quien entretenga y agrade el deleite del resplandor vano de una piedrecilla pudiendo mirar la hermosura y belleza de los astros y del mismo sol, o tan vano que se imagine más noble, porque vista de paño más delgado y costoso, pues es cierto que la más delgada lana tuvo su principio y se crio en la oveja. Tan bien se maravillaban de que en todas partes se haga tanta estimación de cosa tan inútil como de su naturaleza es el oro, y que le aprecien tanto que el mismo hombre, a cuyo servicio se dirige su valor, sea estimado en menos que él. En tal manera, que habiendo algún hombre pesado, como de plomo, y que no tiene más sentido que un tronco y tan malo como necio, tiene a algunos así sabios como honrados en su esclavitud. Solo porque le cupo en suerte tener gran cantidad de escudos, al cual si alguna fortuna o interpretación de leyes (que suele tener la misma fuerza, en trocar las cosas altas por las bajas) lo pasare de aquel estado de señor al abatido de siervo. El de mayor cuenta de su familia sucede que en breve tiempo venga a ser esclavo de su esclavo como aquel que estaba pendiente del dinero y era añadidura suya. Además desto, maravillan y abominan mucho más la locura de aquellos que a los que conocen ricos no debiéndoles nada ni teniéndoles obligaciones, por ningún otro respeto más que por ser ricos, los honren tanto que no les falte sino tenellos por dioses, esto aún conociéndolos tan escasos miserables y avarientos, y sabiendo cierto que mientras vivían de tan grandes tesoros no han de ser socorridos dellos con una blanca. Estas opiniones han aprendido de su educación por haberse criado en aquella república, cuyas ordenanzas van tan apartadas de tantas maneras como hay de ignorancia y tan bien las han deprendido parte de la doctrina y buenas letras. Que, si bien no son muchos los que en cada ciudad están diputados solamente a la contemplación de los estudios, libres de los demás cuidados, con todo en los que reconocen desde sus primeros años buen natural, grandeza de ingenio y ánimo inclinado a las buenas artes. Los más de los muchachos son instruidos en letras, y aún hembras y varones, gran parte del pueblo por todo el discurso de su vida, las horas desocupadas de sus labores, las gastan en el estudio. Adquieren las ciencias en su habla natural que es copiosa de voces, suave al oído, aventajadamente más que otras, fidelísima intérprete del ánimo. Esta misma, bien que, en muchos lugares corrupta y estragada, en buena parte de aquel dominio se halla limpia y pura. De todos los filósofos célebres en todo el orbe descubierto no tenían noticia, ni de ninguno dellos había llegado a sus oídos la fama hasta ahora, que nosotros venimos a la isla. Y esto, no obstante, en la música, dialéctica, aritmética y geometría están prácticos y suficientes, casi de la misma suerte que nuestros mayores. Y si bien en estas cosas igualan a los antiguos, no empero son iguales con mucha distancia con las invenciones de los nuevos dialécticos. Porque no tienen ni aún una regla de aquellas que nuestros estudiantes en las súmulas y lógica deprenden frecuentemente de las restricciones, amplificaciones, y suposiciones consideradas con mucha agudeza. Finalmente, están apartados de inclinarse a estudiar las segundas intenciones que ninguno dellos ha podido comprehender hombre en común, siendo (como sabéis) en alteza un coloso (en nuestras escuelas) los señalamos con el dedo por notable. En el curso de las estrellas y movimientos del cielo son muy prácticos y han hallado instrumentos de formas diversas con que comprehenden enteramente los movimientos del sol, luna y estrellas que se hallan en su horizonte. No aprecian el saber la amistad, y la conformidad, enemistad u oposición de las estrellas. Ni la astrología judiciaria o divinatoria, antes al cierto engañadora, o burladora. Por experiencia larga, advierten considerablemente en ciertas señales en que anticipadamente conocen las lluvias, vientos y las demás mudanzas de los tiempos. Pero acerca de las causas de todas estas cosas de las crecientes y menguantes de lo salado del mar, del origen y naturaleza del cielo y mundo, algunos sienten las mismas cosas que nuestros filósofos antiguos. Y a la manera que entre estos, entre ellos hay diferentes opiniones y sentimientos. En cuanto a la filosofía moral disputan las mismas cosas que nosotros tratando de los bienes del cuerpo y del alma y demás cosas exteriores, también disputan si el nombre de bien convenga a todas estas cosas o solo a los dotes del ánimo. Mueven cuestiones a cerca de la virtud y del deleite, pero la primera, y principal disputa de todas es examinar en qué cosa y si en una o en muchas consiste la felicidad del hombre. Inclinan más de lo justo a creer que en el deleite consiste la felicidad del vivir y se sirven para esto de la religión, la cual en ellos es grave y severa. Y pocas veces disputan de la felicidad, que no unan juntamente algunos principios sacados de sus ritos y de la filosofía. Sin lo cual juzgan que la razón humana sea defectuosa y débil a investigar la verdadera felicidad. Y los fundamentos son que el ánima es inmortal, nacida por la bondad de Dios para bienaventuranza que a la virtud y buenas obras nuestras se les decretan premios, y a los vicios y maldades castigo. Y aunque esto es doctrina de su religión, les parece que para creellos o no se han de regular los discursos con la razón, cesando esto, afirman con prontitud, sin embarazo, que ninguno habrá tan necio que no encamine su deleite por medio justo o injusto advirtiendo solamente que el menor deleite, advirtiendo solamente que el menor deleite no sea impedimento del mayor o le ejecute y goce del, de suerte que después se arrepienta. Porque seguir las dificultades y asperezas de la virtud, no solo huyendo de lo suave de la vida, sino voluntariamente abrazando y sufriendo pesares de quien no se espera fruto alguno, afirman ser locura. Porque ¿de qué provecho puede ser si después de acabada la vida no se consigue premio, habiéndola pasado miserablemente? Si bien no juzgan que la felicidad no está en todo deleite, antes solamente en el justo y honesto. Y aseguran que nuestra naturaleza se deja llevar a este deleite como asumo bien por medio de la misma virtud a quien la opinión contraria tiene solamente por felicidad. Definen la virtud, diciendo que no es otro que vivir según la ley natural y que para solo esto fuimos criados por el sumo Dios y que aquel que sigue este camino, que en apetecer o dejar las cosas se ajusta con la razón. Finamente, sienten que la razón inflama a los hombres en el amor y veneración de la divina majestad a la cual se debe el ser que tenemos y ser capaces de la propia felicidad según lo que se mueve y alienta para que pasemos la vida alegre, y sin trabajos, y a este intento nos mostramos favorecidos de la naturaleza, ayudando por lo que su conformidad pide a que los demás gozan de lo mismo que ninguno es tan rígido y severo defensor de la virtud, ni tan aborrecedor y enemigo del deleite que así os enseñe a sufrir los trabajos, desvelos y pobreza que deje de aconsejaros y persuadiros a remediar la necesidad y miserias de los otros en la forma que os sea posible y juzgue que el hacer esto debe de ser alabado con nombre de humanidad como lo es socorrer, remediar y consolar un hombre a otro, principalmente (la cual virtud es la más propia de los hombres) sacalle de algunas fatigas en que esta, aliviando su desconsuelo, restituyéndose a su antigua tranquilidad y placer. ¿Y quién duda de que la misma naturaleza solicita a cada uno a que haga lo mismo consigo propio que con lo propio? Pues es así que no debéis de ser menos favorables a vos mismos que a los demás. Ni la piedad cuando os incite y mueva a que seáis liberal y bien hecho a los otros os ha de obligar a vos a que seáis riguroso e inhumano para con vos mismo. Para esto afirman que la vida agradable, que es decir el deleite y gusto la misma naturaleza (de cuya prescripción definen a la virtud) nos enseña la que es como fin de nuestras acciones. Siendo así, que la proximidad con vida a los hombres a que recíprocamente se ayuden unos a otros para poder gozar de la vida apacible y deleitosa, la misma te manda una y muchas veces guardar esto y que no atiendas tanto a tus conveniencias, que procures la incomodidad de los otros. Lo cual con razón ordena, porque ninguno hay tan superior en la suerte del linaje humano de quien solo cuide la naturaleza, la cual igualmente ayuda a todos los que comprehende partícipes de una forma común. Tienen por cosa importante no solo que se guarden los contratos que se hicieren entre los particulares, pero también las leyes públicas que el príncipe justo ordenó o el pueblo no tiranizado ni engañado estableció de común consentimiento acerca del comunicar las comodidades de la vida, que es decir que todos gocen de la ocasión de los entretenimientos y deleites. No quebrantando estas premáticas se tiene por prudencia que vos procuréis vuestra comodidad y por piedad que atendáis al bien público mas procurar vos privar al otro de su propio deleite por hacer vuestro gusto es injuria conocida, y por el contrario privaros a vos de algo bueno por darlo a otros es conocido como oficio de humanidad o liberalidad que esta acción nunca es de suerte que prive de tanto bien como granjea porque se compensa con el retorno de otros beneficios. Y aquella conciencia de la buena obra, con la memoria de la caridad y benevolencia de aquellos a quien se ha beneficiado, trae el ánimo mayor deleite que el que podrá haber dado el antojo sensitivo de que se hubiese abstenido. Finalmente (como la religión persuade al ánimo humano) que Dios por un breve deleite le recompensa con perpetua alegría. Así que desta suerte les parece, que considerando y examinando bien el negocio, todas nuestras acciones y, aún entre las mismas virtudes, miran al deleite como a último fin. Deleite llaman a todo movimiento o firmeza del cuerpo o del alma y al estado en que se hallan contentos mediante los gustos naturales. No sin causa dan por compañero de la naturaleza al apetito, mas la recta razón sigue toda cosa que por si es agradable a la cual se llega sin injuria de otro y no se pierde mayor solaz ni se le causa fatiga. Reputan por inútiles a la felicidad aquellas cosas que contra el orden natural los hombres las tienen por dulces. Y ellos las juzgan por nocivas cuando se han apoderado de la mente humana tanto que con aparente y falso deleite no le dejan tomar placer de los verdaderos contentamientos. Porque hay muchísimas cosas que no teniendo de su propia naturaleza algo de suavidad y deleite, antes por la mayor parte mucha amargura y pesar; con todo eso los perversos atractivos y halagos de las depravadas codicias no solo se tienen por sumos deleites, mas aún se cuentan entre las principales causas de la vida. Tienen por personas deste género de falso deleite a aquellos de quien hice arriba mención, que por estar mejor vestidos se estiman por mejores, y en una cosa sola comenten dos yerros, porque no se engañan menos en tener por mejores sus vestidos que a ellos mismos. ¿Pues qué si atendéis al uso del traje, tiene de aventajarse la lana del hilo más delgado a la más basta y grosera? Pero ellos como si se aventajaran en lo natural y no en su error, se envanecen soberbios y tienen por cierto que de allí se les sigue mayor estimación y quieren por esto pedir como por justicia por sus trajes bizarros la honra, que no se atrevieran a esperar con más humildes aderezos y si no se hace dellos caso se indignan. Y atarse de cosas vanas y superfluas ¿que otra cosa es que falta de conocimiento? ¿Que deleite hay natural y verdadero en que el otro esté destocada la cabeza en tu presencia o hincada la rodilla? ¿A caso la descomodidad del otro remediara el frenesí de tu cabeza o medicinara la enfermedad de tus ojos? En esta aparente y falsa imagen de deleite afectado, es notable cosa ver con cuanta suavidad y gusto se desvaneces aquellos que con opinión de nobles y generosos se lisonjean y aplauden porque tuvieron suerte de descender de tales mayores, cuyas riquezas se han continuado por orden sucesivo (que no es otra cosa la nobleza, que la virtud y riquezas envejecidas) y no les parece que por eso son menos nobles un pelo, aunque sus mayores no les hayan dejado un cuarto o hayan gastado superflua y pródigamente lo que los dejaron. Ponen en esta cuenta aquellos que se dejan llevar de la belleza y hermosura de las perlas y piedras preciosas. Y (como he dicho), se sueñan deidades cuando vino a sus manos alguna de las de grande valor, principalmente de aquellas que en aquel tiempo más se practican y estiman (porque no son unas mismas las que acerca de todos, ni en todos tiempos tienen general aprecio) y no compran la piedra. Si está engastada en oro, ni aunque no lo esté, sino juramento del que la vende y prestándoles caución y seguridad de que es verdadera perla y piedra preciosa, tanto cuidado como este les da por no engañar su vista con alguna piedra falsa. Tanto debe valer la joya fina como la falsa para con aquel que su parecer no es diferente del ciego que está sin vista. Aquellos que guardan riquezas amontonadas, no para aprovecharse dellas, sino solo para deleitarse en la contemplación, ¿no es así si que los tiene engañados el fingido y falso deleite? Mas aquellos que escondiendo el tesoro, el cual por ventura no volverán a ver más estando en pensamiento de no perderlo, lo pierden escondiéndolo en parte oculta donde, atinando otro con él, pueda ser aprovechado. Y por esto has de tener gusto de haberle escondido y estas con el ánimo seguro. Si alguno te lo robase, por espacio de diez años, si entonces tú te murieses, ¿qué te habrá ayudado aquel caudal en el discurso de los diez años que no le tuviste? A estos necios gustos y deleites vanos juntan otros (cuya locura conocen de oídas, y no por uso, como el juego, cetrería y montería. Porque dicen que deleite ni gusto tiene arrojar los dados en el tablero, cosa que tan frecuentemente voz hacéis como si en ello hubiera algún agrado, ¿antes el mucho uso pudiera ser de enfado? ¿No puede ser antes mayor fastidio el oír ladrar los perros? ¿O qué mayor deleite el ver un galgo seguir la liebre, que un perro ir en el alcance de otro? Porque, verdaderamente, se ve la velocidad de correr de aqueste y de aquel modo. Si deleita el ver despedazar y matar aquel animalejo, debería antes mover a piedad la liebrecilla flaca, fugitiva, tímida, inocente ser despedazada del galgo feroz y cruel. Así los de Utopía han contradicho del todo el ejercicio de la caza como arte conveniente a carniceros cuyo uso han cometido a sus esclavos, juzgando que el cazar sea de aquella la más ínfima parte, y la otra tiene por más útil y honesta cuando se matan los animales por la necesidad de la vida humana y el cazador solamente toma gusto con la muerte del mísero animalejo y este deseo piensan que nace de un ánimo dispuesto a la crueldad. Estas cosas pues y cualesquiera desta calidad (que son innumerables) aunque el vulgo de los hombres la tienen por deleite, ellos viendo que no tienen conformidad con la naturaleza juzgan como cosa cierta que no participan nada de suavidad, ni se acompañan con el verdadero deleite. Que si bien recrean los sentidos (porque parecen cosas de gusto) ellos no quieren dejar su sentimiento y opinión diciendo que no consiste en la naturaleza de la cosa, sino en la estragada y mala costumbre, de cuyo vicio resulta que se tengan las cosas amargas por dulce. No de otra manera que las mujeres preñadas corrompido el gusto de su paladar juzgan a la pez y al sebo más dulces que la miel. Y así como el juicio pervertido y estragado o por enfermedad o mala costumbre, no puede mudar la naturaleza de las demás cosas, así tampoco las del deleite y del que tienen por verdadero hacen diferentes especies. Al ánima dan el entendimiento y aquella dulzura que nace de contemplar la verdad. A esto juntan la agradable memoria de haber vivido bien. El deleite del cuerpo dividen en dos formas, una que recrea la sensitud y restaura aquella parte del calor natural que se halla en nosotros, el cual se fomenta con el alimento y la bebida, en otras ocasiones, mientras se distribuyen aquellas cosas de cuya abundancia está lleno el cuerpo, se goza del deleite, evacuando el estómago o en la generación, dando satisfacción a algún prurito. Hay otro deleite que no da a nuestros sentidos cosa alguna de ellos deseada, ni los privan de ella, mas solamente con una oculta fuerza los introduce delectación como la música. La otra especie de deleite corporal quieren que sea del que consiste en la quietud y sosiego del cuerpo, con igualdad, esta es la salud que cada uno tiene, no interrumpida con algún achaque. la cual por sí misma causan gran gusto (si no la asalta algún dolor) aunque no le venga de lo externo algún deleite o suavidad. Porque aunque es así, que no se manifiesta en lo exterior ni se muestra a los sentidos como el desordenado apetito de comer y de beber, esto no obstante muchos defienden que es el mayor de los gustos. Así, todos los utopianos afirman que es grande y confiesan ser el fundamento y la basa de todos ellos, sin el cual no hay deleite, como aquel que solo hace la condición de la vida agradable y digna de ser deseada. Porque aunque falte el dolor sin sanidad, antes se puede tener por estupor que solaz. La opinión de los que decían que la salud entera y perfecta no ha de ser tenida por deleite porque no se puede afirmar que está presente si no se experimenta con algún movimiento exterior días a que la tienen excluida por incierta, teniendo esta cuestión muy cuidadosamente disputada. Así ahora, por el contrario, todos afirman que la salud perfecta es el principal deleite porque dicen, que habiendo enfermedad o dolor que este es perpetuo enemigo del deleite como lo es la enfermedad de la salud. ¿Qué gusto puede haber donde esta falta? Imaginan que no es de importancia que la enfermedad sea dolor o que della proceda, porque de ambas maneras lastima y atormenta. Si la salud es el mismo deleite o la verdadera causa del, como el calor lo es del fuego. Sea lo uno o lo otro, es lo cierto que a los que tienen salud cumplidad, no les puede faltar deleite. Dicen cuando nos alimentamos, restaurarse con el manjar la sanidad que por hambre comenzaba a enflaquecerse y, cuando vuelve al acostumbrado vigor, sentimos el gusto del alimento tanto más cuanto la salud es más robusta. Así parece ser falso lo que se dice que la sanidad no se siente, lo cual no puede acontecer en hombre que no esté privado del sentido, y por el consiguiente no sano. Abrazan primeramente aquellos deleites del ánimo que para con ellos son los principales cuales se originan de la virtud y de la buena conciencia, y hacen que la sanidad sea un principal solaz aventajado a los de mayor deleite. No quieren que se desee el manjar ni la bebido ni otro semejante apetito, sino por conservar la salud, porque semejantes cosas por sí mismas no son agradables mas que en cuanto ayudan a entretener la vida. Así el prudente, como trata más de conservar la salud que de apetecer la medicina y de apartar y excusar los dolores que procurar los divertimentos y gustos, no tiene necesidad deste género de deleite mas de en cuanto es de importancia para asegurar el alivio de los males. Si alguno con esta suerte de deleite se tienen por bienaventurado, sérale forzoso confesar que luego será más feliz. Cuando fuere más perseguidos de el hambre, sed y prurito. Lo cual, ¿quién no ve que es cosa no solo asquerosa pero miserable? Verdaderamente que estos son deleites ínfimos y bajos como aquellos que tienen menos de sinceridad porque nunca se hallan si no es justo con dolores contrarios, pues al gusto del manjar siempre le acompaña la hambre, aunque no con igualdad. Que mientras más vehemente es la hambre, tanto más dura el dolor y aún antes que el deleite y no se acaba sino juntamente con él. Y son de opinión que semejantes deleites no se deben estimar, sino cuando la necesidad lo pide, pero con todo tienen gusto en ello y reconocen agradecidos, que es regalo de la naturaleza, la cual atrae con suavidad a sus efectos aquello que por causa de la necesidad se hace. Porque si esta enfermedad ordinaria de la sed y de el hambre como las demás, que algunas veces nos afligen se hubieran de curar con purgas y bebidas amargas y desabridas, ¿con qué enfado y desabrimiento se viviera? Pero muy de buena gana admiten como propios los dones de la naturaleza, como son la hermosura, fuerzas y destreza. Y tan bien aprehenden y abrazan los otros solaces que por medio de la vista, del oído y del olfato pasan al ánimo y son propios del hombre (porque ningún animal considera la belleza del mundo, ni siente los olores, si no es lo que basta para discernir el alimento, ni se deleita con la variación del sonido, estos voluntariamente los admiten. Mas en todas las cosas guardan esta medida para que el deleite no impida al mayor o tal vez el deleite no cause dolor, lo cual tienen por lance forzoso, si el deleite no fuere honesto. Pero despreciar la belleza, disminuir las fuerzas, mudar la agilidad en flojedad, extenuar con ayunos el cuerpo, hacer injuriar a la salud y los otros solaces por la naturaleza concedidas, si no fuese por ayudar a la república, lo reputan por ceguedad. Y que esto nace de un ánimo cruel, ingrato a la naturaleza, y que refuta sus beneficios como desdeñándose de serle deudor, especialmente haciéndole esto por una vana sombra de virtud o por comportar con menor displicencia la adversidad, la cual por ventura nunca llegará. Esta es su opinión acerca de la virtud del deleite, y tienen por cierto que ninguna se podrá hallar más verdadera por los discursos de la razón humana, si no es que la religión milagrosamente, por orden del cielo, inspire al hombre alguna cosa más santa. En lo cual si lo que sienten es ajustado a la razón, o no, ni el tiempo da lugar ni es necesario disputallo nosotros, que tomamos por nuestra cuenta referir sus estatutos y no defendellos. Mas como quiera que ello sea, estoy persuadido, que no hay en parte alguna pueblo que más florezca ni república más feliz. Su hábito y disposición corporal es ágil y vigoroso y demás fuerzas que promete su estatura, aunque no son pequeños. Y, aunque el terreno es infructífero, y el destemple del aire enfermo, todavía con la moderación del vivir, se conservan en salud, y con la industria vencen la esterilidad de la tierra de manera que a ningún otro lugar ocupan más copia los frutos, ni animales mejor alimentados, ni los cuerpos humanos más vivaces, ni activos y menos sujetos a achaques. De tal condición que no solo aquellas cosas que vulgarmente hacen los labradores, se ven cuidadosamente administradas como es mejorar el mal natural del terreno con el arte y la solicitud y cuidado. Pero aún se ven grandes selvas arrancadas por sus manos en unas partes y trasplantadas en otras. En lo cual no solo tienen atención a la abundancia, pero también a la conducción, porque la madera se halle más cerca al mar a los ríos o a la misma ciudad para que las mieses y frutos con menos trabajo se trajinan por tierra y se traen con más comodidad de lejos que las maderas. Es gente benigna y apacible que ama el reposo, y, cuando es necesario, sufridora de trabajos, especialmente en los estudios que adornan el ánimo. Y habiéndonos oído discurrir acerca de las buenas letras y disciplinas de los griegos (porque de los latinos fuera de las historias y algunos poetas no calificaban otros trabajos) es cosa notable, con cuan gran afición nos hicieron instancia para enterarse dellas con nuestra exposición. Por esto, comenzamos a leerles los principios, porque no les pareciese que huíamos del trabajo, porque esperábamos más grande aprovechamiento del. Mas habiendo comenzado su cuidado, fue causa de que aprehendiésemos en nuestro ánimo, no había de ser trabajo en vano, pues comenzaron a imitar nuestra forma de escribir con tanta facilidad y a pronunciar las voces con tanto desenfado, a tomar de memoria con tanta prontitud y a repetir con tanta fidelidad que nos parecía maravilla, si bien la mayor parte dellos no se dejaron llevar desta afición por sola la voluntad, antes or acuerdo y mandamiento del senado, se dispusieron a aprender estas cosas. Los estudiantes se eligieron los más excelentes ingenios y demás sazonada edad, de manera que en espacio de tres años apenas ignoraban algo de la lengua y aún en menos tiempo. Leían hasta el fin los buenos autores sin hallar embarazo si las erratas de la imprenta no lo estorbaban. A lo que yo conjeturo percibieron estas letras con más facilidad porque eran más conformes a las suyas, que yo presumo que esta gente trajo su origen de los griegos porque su lenguaje tiene muchas voces griegas en los nombres de los magistrados de las ciudades, en lo demás casi es lengua persa. Por mi orden tienen la mayor parte de las obras de Platón y muchas de Aristóteles y Teofrasto de plantas, pero defectuoso en muchas partes, de lo cual me pesa. Porque se hizo cargazón de algunas balas de libros en vez de mercaderías y las puse en la nave cuatro días antes de la embarcación con acuerdo de volverme presto y el libro de Teofrasto un mico que iba en la nave lo halló puesto con descuido y comenzando a ojearlo, le quitó y rasgó muchas hojas, jugando con él. De los que escribieron gramática solo tienen a Constantino Lascari. No traje conmigo a Teodoro Gaza ni algún diccionario fuera de Hesiquio y Dioscórides. Hacen estimación de las obras de Plutarco y celebran mucho los donaires y graciosidad de Luciano. De los poetas estiman a Aristófanes, Homero, Eurípides y a Sófocles de impresión de Aldo Manucio. De los historiadores eligen a Tucídides, Eródoto y Erodiano. De la medicina, llevó consigo mi compañero Tricio Apinato algunas obrillas de Hipócrates y el epílogo de Galeno y destas hacen gran precio. Y aunque no hay gente en el mundo, que menos necesite deste arte con todo le hacen tanta veneración que en ninguna parte mayor. Porque la cuentan entre las más hermosas y útiles partes de la filosofía y con su ayuda penetran los secretos más retirados desta y les parece que desta conversación no solo sacan admirable deleite, pero que hallan en ella un género de agradecimiento para con el sumo artífice de lo criado. Al cual consideran a la manera de los demás artífices que nos dejó esta máquina del mundo para contemplarla el hombre (al cual solo ha hecho capaz deste conocimiento) y por eso lo ama más por tenerle por curioso y solícito inquiridor de sus obras, que las sabe admirar más que el que como animal sin entendimiento y sin conocimiento desprecia tan grande y tan admirable espectáculo. Los ingenios de los utopianos ejercitados en las letras tienen gran ardimiento para inventar artes que son útiles a la comodidad de la vida. Pero dos dellas nos deben a nosotros, la imprenta y el hacer papel, y no solo a nosotros, pero también se les debe buena parte a ellos mismos porque, mostrándoles en libros de papel las letras impresas por Aldo Manucio, hablándoles dellas mas que declarándoles el modo del labrar la materia y formar el papel y facultad de imprimir (porque entre nosotros no había alguno que supiese estas dos artes del todo) ellos mismos con gran brevedad y prontitud conjeturaron el arte, siendo así que antes de ahora no escribían sino en pergamino y le llamaban papiro en su propiedad. Ya han intentado y salido con hacer papel e imprimir letras en él. Las cuales cosas como a los principios no saliesen con primor, experimentándola muchas veces, en breve tiempo consiguieron lo uno y lo otro, y con tan grande aprovechamiento que si tuvieran originales de los libros griegos, no les pudieran faltar copias, pero ahora no tienen más que aquellas obras que he referido y estas ya impresas y dellas gran número. A cualquiera que sea de singular ingenio y que haya visto buena parte del mundo y llegue a su isla a entender sus institutos, le acogen con benignidad, porque oyen con gusto lo que pasa en otras provincias. A esta tierra también no llegan a comerciar muy frecuentemente porque no pueden llevarles sino hierro, o aquella que cada cual más quisiera retornar, que es el oro y la playa. También tienen por mejor acuerdo sacar ellos, deshacer y vender en otros partes las cosas que los extranjeros han de venir por ellas que no que vengan a sacárselas. Con que tienen más conocidas las naciones y no olvidan el arte de la navegación.

**De los esclavos. Capítulo VII**

No tienen por esclavos los que en la guerra hacen prisioneros, aún de ellos que la comenzaron, ni a los hijos de los esclavos ni a otro alguno que esté en servidumbre a cerca de otras naciones, aunque los puedan comprar. Mas a solos aquellos que han sido condenados por algún delito a esclavitud o los de otras naciones que están entregados a tal suplicio, por exceso que hayan cometido cual sucede ordinariamente, y así tienen muchos por bajo precio. Traen ocupados siempre a estos esclavos y en prisiones, mas tratan los propios rigurosamente, juzgando que son incorregibles y merecedores de más graves castigos, pues que siendo educados tan egregiamente en la virtud, no se han podido abstener del vicio. Hallase allí otra suerte de servidumbre cuando algún otro extranjero acostumbrado al trabajo, pobre y de baja condición elige el servirlos. A los desta calidad, excepto que les dan un poco de más afán, tratan benignamente y los tienen por poco menos que a ciudadanos si alguno se quiere despedir (que sucede raras veces) no lo detienen contra su voluntad ni los envían sin galardón. A los enfermos asisten con gran caridad, no dejando atrás ningún medicamente y gobierno de vivir que le importe a restituir la salud al que le falta. Si alguno padece enfermedad prolija le entretienen hablando con él y sirviéndole aligeran su calamidad. Mas si la enfermedad es incurable y de continuo dolor, los sacerdotes y el magistrado lo confortan, que hallándose ya inepto a los oficios de la vida, molesto a los otros y pesado así mismo que no quiera sobrepujar a la propia muerte, alimentando la maligna enfermedad, y que siendo la vida un tormento, no dude morir, antes tenga esperanza de salir de tan acerbo estado o quitándose el propio la vida o dejándose matar, pues dejara muriendo aquella miseria y no comodidades. Ultra desto, siguiendo el consejo de los sacerdotes, intérpretes de la voluntad de Dios, ejecutaran una obra santa y pía los que se dejan persuadir o con abstinencia fenecen la vida o durmiendo se dejan matar, mas no hacen morir a alguno contra su voluntad, ni faltan a administrarlos en la enfermedad, pareciéndoles que esta sea una honesta ocupación. Mas si alguno se mata sin el consentimiento de los sacerdotes y del magistrado no dan sepultura y arrojan su cuerpo en una laguna. No se casan las mujeres hasta los doce años ni los hombres hasta los dieciséis. Y si antes del matrimonio son aprehendidos en acto de deshonestidad, son castigados gravemente y privados perpetuamente del matrimonio, si el príncipe, movido de piedad, no les perdona el yerro, castigando esta culpa atrozmente, previniendo que pocos se casarían voluntariamente, obligándose a cohabitar con una sola mujer y toleras las molestias del matrimonio si una vez se acostumbrasen a comunicar, ahora esta, ahora aquella. en el elegir mujer tienen un modo a mi parecer ridículo, mas reputado por ellos por prudentísimo, una honrada matrona manifiesta la doncella o viuda, cual ella sea, desnuda al esposo, e igualmente un varón grave muestra también desnudo el contrayente a la dama. Y reprehendiendo yo esta costumbre como inepta, responden que se maravillan de la locura de las gentes, que en el comprar un caballo donde se trata con poco precio, van con tanto recato, que lo quieren ver sin silla, porque debajo della no se encubra alguna matadura. Y en el elegir la mujer, que puede dar o solaz o desplacer, mientras que dura la vida, son tan negligentes que se contentan de verla toda cubierta y envuelta, sin reconocer más que el rostro. Y todavía podría esconder algún defecto por el cual le descontentaría de haberla elegido. No todos son de tanta sabiduría que atiendan solamente a las costumbres, antes en los matrimonios de los más resabidos, los dotes del cuerpo hacen más gratos los del ánimo. Verdaderamente, tal imperfección podría esconderse debajo de los atavíos que la mujer siempre fuese odiosa al marido. Y esto se debe prevenir por las leyes para que no suceda el engaño, porque ellos solos entre las demás naciones se contentan con unas solas bodas, ni disuelven el matrimonio si no es por el adulterio o por otra intolerable molestia o defecto. En tal caso, el senado concede al inocente el volverse a casar, y el culpado queda infame y privado del matrimonio perpetuamente. No quieren que la mujer que no ha errado sea repudiada contra su voluntad, aunque cayese en cualquier accidental calamidad del cuerpo, pareciéndoles crueldad que abandone la persona cuando necesitamos de consuelo, porque la vejez que trae consigo la enfermedad sería desdeñada del consorte. Sucede a las veces que, no conformándose en las costumbres y hallando entrambos a dos con quien esperan vivir más suavemente, se separan y contraen entre sí con la autoridad del senado que no admite el divorcio. Si primero no conocen las causas del y aun las inquieren de la propia mujer; y se rinden con dificultad a esto porque no se espere fácilmente mudar el matrimonio. Castigan con durísima servidumbre los adulteros y, si entrambos a dos lo son, se concede que dejando el adulterio se casen entrambos, o por lo menos con otro. Mas si aquel que es ofendido ama tanto al ofensor que no quiere hacer divorcio, no le estorban prevalecer en el matrimonio porque quiera seguir en la obra al condenado. Y ordinariamente ha sucedido que el solícito sufrimiento del inocente ha obtenido la libertad del culpado. Mas el que adultera después deste perdón es castigado con pena capital. A las otras culpas no han señalado castigo, mas según el delito se sigue el suplicio más o menos graves, como le arbitra el senado. Los maridos castigan las mujeres y los padres a sus hijos si no cometen cualquier enorme delito que deba castigarse públicamente. Mas casi todas las culpas son castigadas con servidumbre, lo cual no es menos proporcionado a la maldad, que cómoda a la república, que quitarle la vida porque ayudan más con el trabajo que con la muerte y con el ejemplo continuo aperciben a los otros a guardarse de semejante culpa. Si en tal estado son perversos inobedientes, luego como a bestias indómitas los matan. Los sufridos no están fuera de esperanza que tolerando el trabajo y las fatigas, en mostrando que les desagrada más el pecado que el arrepentimiento le suelen franquear, mitigada la servidumbre por autoridad del príncipe o favor del pueblo. No castigan menos al que ha provocado a alguna persona a lujuria, que, si hubiera cometido el error, pareciéndoles que la voluntad determinada a pecar, aunque no llegue a efecto, sea merecedora del mismo castigo. Deleitanse con los simples naturales, mas no le es lícito hacerles injuria ni se los dan a cargo a quien no gusta de sus donaires, temiendo que los traten mal. No se permite escarnecer a alguno que sea simple o falto, pareciendo no puesto en razón burlar o mofar aquel vicio que viene sobre el hombre sin culpa suya. Así como tienen por descaecimiento el no cuidar de conservar la hermosura natural, así condenan al que con afeites y aderezos procura de aumentarla teniendo por cierto que la bondad de las costumbres hace más grata la mujer al marido que ninguna otra belleza corporal. No solamente se apartan de las maldades por temor del castigo, mas son incitados a la virtud con lo egregio de los honores. Levantan en las plazas estatuas a los varones que por la república han hecho empresas dignas para que se conserve la memoria de las obras ilustres y los descendientes sean exhortados a la virtud. El que pretende algún puesto o magistrado queda del todo privado del. Viven en unidad y amigablemente, porque los magistrados no se hacen terribles y se llaman padres y se portan como tales, y los pueblos los respetan con gusto. El príncipe no se diferencia de los demás con diadema o corona, solo llevan delante del un manojuelo de espigas. Y al pontífice le acompañan con una antorcha. Tienen pocas leyes, abominan los otros pueblos que llenan de glosas e interpretaciones desmesurados volúmenes. Paréceles que sea inequidad obligar los hombres a tantas leyes que no se puedan leer, y tan obscuras que no son inteligibles. No admiten abogados. Antes quieren que cada uno en juicio diga su razón, porque de tal manera se habla menos y mejor se saca la verdad cuando se halla sin adorno de palabras. Los jueves con solicitud despachan las causas y favoreen los ingenios sencillos contra los malignos y astutos. Porque con gran fatiga se puede observar en otras naciones tan dudosas leyes, y en la Utopía cada uno es jurisconsulto porque tienen pocas y acomodan con atención la más sincera interpretación que se le puede dar porque las sutiles deducciones no pueden ser de todos entendidas. Y esto es contra a interpretación de las leyes, las cuales se dan para que sean a todos manifiestas. Los pueblos vecinos que viven libremente porque muchos han sufrido la tiranía, movidos desta virtud, piden de los utopienses magistrados por un año y suelen estar cinco. Y cuando han cumplido su oficio, los vuelven honrosamente a sus casas y conducen otros. Y, verdaderamente, que estos pueblos excelentemente previenen a su república la salud, porque esta, o la ruina, depende de las costumbres de los magistrados. Y no pueden hacer elección más acertada por ser los utopienses de tal constancia que no se doblan con ningún interés, y, habiendo de volver a la patria, no tienen ocasión de hacer injusticias. Principalmente que no conociendo a los que gobiernan, no pueden de alguno fácilmente ser persuadidos de contravenir a la razón. Que estos dos males de pasión y avaricia, cuando se apoderan de los jueces, pervierten lo justo, enflaquecen todo nervio de la república. Los utopianos tienen por socios aquellos pueblos a quien dan magistrados, y por amigos a los que han hecho beneficios. No hacen confederaciones, cuales tan ordinariamente otros pueblos acostumbras a celebrallas y renovallas. Porque se ha de hacer (dicen ellos) confederación alguna, bastando a conciliar el hombre la común naturaleza humana y no ayudando esta como podrán prevalecer las palabras. Mas porque los asientos y tratos de paz entre los príncipes de aquella provincia se observan poco fielmente. En Europa especialmente, por reinar la fe de Cristo, se guardan inviolablemente las confederaciones, parte por la justificación y bondad de los príncipes, parte por la reverencia y temor de los sumos pontífices porque si cometen cosa alguna que contravenga a la religión, ordenan a los otros príncipes mantengan su palabra. Y con la severidad de las censuras, obligan a los contumaces a guardar la fe. Y tienen por desprecio vituperable que no se observe la fe en las confederaciones de aquellos que particularmente se nombran fieles. Mas en aquel nuevo mundo tan distante del nuestro, cuanto son verdaderamente desemejantes las costumbres, no se aseguran de alianzas cuando no se pueden hacer con tantas ceremonias y sacramento que no se halle en las palabras alguna ambigüedad expuesta al artificio e interpretación. Y así no se pueden hacer confederación alguna que no esté cerca de poderse romper. Mas si hallan los prínciples semejantes al artificio o al engaño los contratos de los hombres particulares, los condenan como a sacrílegos y dignos de muerte, y esto harían principalmente los consejeros de los reyes, los cuales son tal vez autores de las fraudulentas confederaciones para que se puedan violar. De donde sucede que no se halle otra justicia, si no es la humilde y plebeya, inferior mucho de la real majestad como si hubiese dos justicias, una del vulgo humilde y bajo, la cual está atada con muchos nudos para que no se atreva a ser disuelta, la otra de los príncipes alta y magnífica, a la cual tanto le sea lícito cuanto a ellos les agrade. Yo me persuado a que los utopienses no hacen alguna confederación porque los príncipes de aquel país son poco observantes de la palabra, y todavía si viviesen en este hemisferio, mudarían de propósito. Bien ellos juzgan que, aunque fuesen observadas las confederaciones con toda puntualidad que no es bien hacerlas, porque se podrían tener por enemigos aquellos pueblos que son divididos con un río o con un monte, no habiendo entre ellos tal señal de división. Y por esta guerrean entre sí, antes que hechas las confederaciones no se estrecha la amistad y queda la licencia del saco y del robo, no se habiendo por imprudencia podido cautelar suficientemente en la confederación el rebatir la injuria. Mas al contrario juzgan que no se tenga a ninguno por enemigo de quien no se haya recibido agravio y que baste la unión natural en lugar de confederación porque los hombres con más gusto y con mayor firmeza se unen con los ánimos, que con palabras o alianzas.

**De la milicia. Capítulo VIII**

Abominan en gran manera la guerra como cosa bestial porque ni aún alguna especie de fieras la acostumbra tanto como el hombre, y ellos contra la usanza casi de todas las gentes, ninguna cosa tienen por tan infame como la gloria adquirida de la guerra. Y aunque muy de ordinario se ejercitan en su disciplina militar no los hombres solo, pero también las mujeres, y esto en días señalados para ello. Porque cuando la necesidad lo pida no se hallen torpes. Todavía no la emprenden inconsideradamente, sino por defender sus confines o por ahuyentar los enemigos de sus pueblos, de sus aliados y amigos, o por librar algún pueblo de la servidumbre (lo cual hacen movidos de compasión, no por otro fin que por no faltar a la humanidad) y por ponellos en libertad. Y aunque agradecidos socorren a sus amigos, no siempre tratan de guerra defensiva, pero algunas veces de satisfacer y vengar injurias. Esto en caso que se les de parte, antes de llegar a las armas, siendo la causa legítima, proponiendo satisfacción y no dándola, determinan hacer la guerra a los que fueron autores de la causa. No solamente toman este acuerdo siempre que les han infestado y saqueado con entradas y correrías, pero más airadamente cuando los hombres de negocios son pretexto de injustas leyes y so color dellas y con mala interpretación de las buenas en algunas provincias reciben agravios paliados con nombre de justicia. No tuvo otro origen y principio la guerra que comenzaron contra los Alaopolitas los utopianos en favor de los nefologetas (poco tiempo antes de los nuestros) que el agravio que hicieron los alaopolitas a los mercaderes de los nefologetas, so color de derecho (según a ellos les pareció) es cierto que fue injuria, justo o injusto se satisfizo con guerra tan sangrienta, que juntando a sus propias fuerzas y odio las de las gentes conmarcanas y su caudal los dejaron quebrantados y destrozados, de suerte que la esclavitud y rendimiento de los aleopolitas dio fin a los males que unos de otros se habían originado, con lo cual se rindieron al poder de los nofologetas (porque no peleaban contra ellos en nombre de los utopianos) y creciendo la grandeza de los alaopolitas, de suerte que los que hoy fueron vencedores (con la ayuda de los utopianos) no podrán compararse con ellos. Deshacen los utopianos tan valerosamente los agravios de sus amigos, aunque sea en materia de dinero que no asistan fieramente vengan las propias. Y si por algún engaño son defraudados y ofendidos, no faltándoles fuerzas corporales, de tal suerte se embravecen que totalmente le niegan la comunicación al pueblo que hizo el engaño o agravio hasta que les han dado entera satisfacción. Y no es esto porque tengan menos cuidado de sus ciudadanos que de los pueblos compañeros, pero llevan más pesadamente que estos sean despojados de sus bienes que ellos mismos, porque los hombres de negocios de los pueblos amigos, como pierden sus haciendas particulares, con tal pérdida quedan muy lastimados y pobres, mas sus ciudadanos como la pérdida es del común y no les falta nada de lo que tienen abundancia en su casa y aquello que les faltó era de lo que parecía tenían sobrado, porque, a no ser así, no lo enviaran fuera de donde sucede que el daño y pérdida cause poco sentimiento en cualquiera dellos. Por lo cual tienen por cosa áspera, dura y cruel reparar semejante daño con muerte de muchos. Siendo así que aquella pérdida ninguno dellos la siente ni le ha de ser incomodidad en su vida ni sustento. Además desto, si alguno de los suyos fuere despojado o muerte injuriosamente o por acuerdo público o particular de los contrarios, haciendo manifestación de su queja por sus embajadores no se aplacan ni desenojan, si no se le entrega los culpados, antes luego les publican la guerra. Pero si se los entregan o los castigan con muerte o con esclavitud. Afréntanse de alcanzar victoria sangrienta, pareciéndoles haber comprado muy caro la mercancía, aunque fuese digna deprecio. Quedan muy gloriosos y ufanos cuando han vencido al enemigo con arte o engaño sin pérdida alguna, por el cual acontecimiento decretan triunfo y públicas demonstraciones. Y como causa tratada con industria le consagran memorias y monumentos, presumiendo entonces que han vencido con valor, cuando han sujetado con la fuerza del ingenio al enemigo, que esto reputan por excelente virtud, porque a ningún animal fuera del hombre se le concede hacerse superior por las fuerzas del ardid, porque (como dicen) los leones, osos, jabalíes, lobos, perros y otras fieras vencen con la fuerza y ferocidad. Y así les sucede que del ingenio y arte queden vencidos. En el mover la guerra atienden a conseguir el intento, que habiéndolo alcanzado no la intentaran, y si alguno lo resiste, toman severa venganza de aquellos que han sido estorbo de su sosiego, para que el terror los asombre de manera que no se atrevan a oponérseles. Estas cosas miran principalmente no entrando a priesa en la ocasión, teniendo antes atención a excusar el peligro que alcanzar la gloria. Deste suerte pues luego que se publica la guerra, ordenan secretamente se fijen muchos carteles autorizados con sus firmas, todos a un tiempo en lugares públicos y señalados en la tierra del enemigo, por los cuales prometen grandes premios si alguno diere muerte al príncipe contrario. Después señalan otros menores, aunque valiosos y honrosos por las cabezas de cada uno de aquellos cuyos nombres también se escriben en los mismos manifiestos. Estos son de los consejeros que juzgan que después del príncipe fueron autores de la guerra que se tomó contra ellos. Y cualquier premio que prometen al que así diere muerte, le señalan doblado para aquel que trujere vivo o preso algunos de los bandidos, y aún ellos mismos les premian con las mismas honras, asegurándoles las vidas si se presentan, convidándolos con esto contra sus amigos. Así los enemigos en breve tiempo tienen por sospechosos a todos los de su ejército y no se confían de sí mismos, con que se hallan en gran peligro y temor, porque muchas veces ha sucedido que muy gran parte dellos, y aún el mismo príncipe hayan sido entregados de aquellos de quien más se fiaban. Con tanta facilidad las dadivas abren puerta a cualquier maldad y estas dan los utopianos sin escasez y advirtiendo al gran riesgo que convidan, procuran que la grandeza del peligro quede satisfecha con la recompensa del beneficio, por eso no solo prometen gran suma de oro, mas aún grandes rentas en tierra de los amigos y se las perpetúan en propiedad, abonándoselas con toda fidelidad y firmeza. Esta costumbre de comprar y almonedear al enemigo otras naciones la tienen por maldad, pero ellos se jactan y honran con ella como sagaces, porque della fuerte hacen la guerra sin hazella, escusando muchas muertes y ruinas, mostrándose en esto prudentes y apiadados como aquellos que reparan con la muerte de pocos la vida de muchos en el hecho de armas, parte de los suyos, parte de los enemigos, de quien tienen casi tanta conmiseración como de los suyos, sabiendo que no vienen a la guerra espontáneamente más forzados del furor de sus príncipes. Y si el medio intentado no sale como desean, siembran y fomentan discordias, despertando la ambición de algún hermano del príncipe a quien hacen guerra u otro alguno poderoso, metiéndoles en esperanzas de llegar al reino. Si faltan competencias internas, solicitan príncipes extraños, refrescándoles antiguas pretensiones, cuales nunca faltan entre reyes y les ofrecen socorros y su asistencia, dándoles largamente dineros, pero no gentes, porque aman con tal afecto a los suyos que no trocaran el menor por el príncipe de los enemigos. Mas no son escasos en distribuir el oro y playa que a este fin atesoran, como aquellos a quien no les ha de hacer falta para sustentar su vida, aunque alargaran todo lo que poseen. Porque además de las riquezas que tienen en sus casas, fuera dellas guardan un inmenso tesoro, pues que muchas otras naciones les deben grandes cantidades (como hemos dicho), y así asueldan soldados a expensas suyas para cualquier guerra en todas partes, principalmente los conducen de los zapoletas. Este pueblo dista de Utopía cincuenta millas hacia el oriente, es gente formidable, rústica, feroz, habitan las selvas, donde han sido criados endurecidos en el sufrir del calor, frío y trabajos, no hechos a delicias, ni entretenimientos regalados, ni aún se aplican a la agricultura, ni hacen caso de edificios ni de curiosos atavíos. Todo su cuidado lo ponen en criar ganados, la mayor parte dellos vive de la caza o del robo, parece que nacieron solo para la guerra, cuyas ocasiones buscan con gran afición, y hallándolas, las abrazan y siguen, y saliendo gran número dellos se ofrecen por soldados a cualquiera que los busca por poco precio. Este arte y modo de vivir es solo el que profesan, y en él mueren, pelean por aquel que los paga valerosamente y con gran fidelidad. No se obligan por tiempo largo, sino con tal pacto van a cualquier parte que si el último día del concierto, los enemigos (de aquellos por quien toman las armas) les ofreciesen mayor paga se pueden ir a su sueldo. Y después si ellos les convidan con más crecido sueldo, se vuelven a ellos. Pocas guerras suceden en las cuales no haya gran parte destos en el uno y otro ejército contrarios. Así sucede cada día, que los que tienen parentesco de sangre y los que estando en una parte con un mismo estipendio se tratan muy familiar y amigablemente con toda buena correspondencia. A poco tiempo pasado, dividiéndose en diferentes bandos se acometen como enemigos con ánimos muy de tales, olvidándose que son de un mismo linaje y, no acordándose de la amistad, suelen matarse unos a otros, no habiéndose provocado a esta recíproca ruina por otro que por haber sido mercenarios de diversos príncipes por muy poco dinero, a lo cual acuden con tanta codicia que si al pasar un día les aumentase la parte contraria un solo cornado, con facilidad se mudarían a ella. Con tanta brevedad anhelan a la avaricia, la cual no les es de provecho alguno, porque aquellos dineros que adquieren con su sangre, inmediatamente los pierdes con prodigalidad, dándose a desórdenes y vicios. Este pueblo acude a la milicia de los utopianos contra cualesquiera otras gentes porque les dan pagas más aventajadas que en parte alguna. Que, así como los utopianos buscan a los mejores para amigos y buenas correspondencias, así solicitan a los peores para ayudarse dellos en ocasiones, a los cuales cuando la necesidad lo pide, obligan con grandes promesas y los ponen a grandes peligros, de a donde muchas veces la mayor parte no vuelve a pedir lo prometido. Pero a los que quedan vivos les pagan con gran puntualidad lo que les prometieron para que se alienten a acudilles en semejantes empresas. Que no tienen ellos por pérdida, que se pierdan muchos destos, imaginando que granjearan gracias con el género humano, si fuesen poderosos a limpiar el mundo de toda aquella horrura y hez de pueblo tan inicuo y nefario. Después destos se ayudan de las compañías de aquellos en cuya defensa tomaron las armas y tras destos de los auxiliares de los demás amigos. Y últimamente convocan a sus ciudadanos y dellos a un varón de valor experimentado le hacen capitán general, encargándole el cuidado de todo el ejército. A este le sustituyen dos para que mientras él viva, se porten como soldados particulares. Pero si le cautivan o le matan (como puede ser por la variedad de los acaecimientos de la guerra), el uno de los dos le suceda como en herencia, y a este el tercero, para que no por falta de caudillo se amotine el ejército. De todas las ciudades se escriben soldados voluntarios y a ninguno involuntariamente le obligan a seguir la guerra, teniendo por cosa cierta que el hombre cobarde, fuera de no gobernarse en la ocasión valerosamente, pondrá temor a los que le acompañan. Y si alguna guerra sobreviene a la patria, ponen a estos cobardes (con tal que tengan disposición) embarcados en las naves con otros mejores o esparcidos por las murallas, por su orden que no puedan huir. Y desta suerte la vergüenza de los suyos y tener el enemigo a la vista y, perdidas las esperanzas de escaparse, muchas veces la extrema necesidad se convierte en virtud. Así como a ninguno llevan a la guerra contra su voluntad, no se les prohíbe ir a las mujeres que voluntariamente se convidan por hacer compañía a sus maridos porque los vayan exhortando y encendiendo el deseo con alabanzas, señalándole su lugar en la batalla a cada una juntamente con su consorte. Y también los hijos, cuñados y parientes van al lado de cualquiera dellos para que estén muy propincuos al recíproco socorro de aquellos, a quien principalmente la naturaleza y fuerza de la sangre los estimula a darles en correspondencia favor y ayuda. Tienen por muy grande afrenta que el marido vuelva sin la mujer, o esta sin el marido, o el hijo habiendo perdido al padre, de donde sucede que (si está en su mano), perseverando los enemigos en la batalla, tomen resolución de asistir a ella en prolija y lamentable pelea hasta la muerte. Como procuran por todos caminos excusarse de ir a la guerra, con tal que puedan cumplir con su obligación con gente forastera y pagada a su costa. Cuando no lo pueden excusar, sino que forzosamente han de ir en persona a la batalla, lo emprenden tan intrépidamente como lo más lícito y aquellos que prudentemente excusaban. Y no se muestran feroces al primer ímpetu, tanto como con la dilación y detenimiento, poco a poco se van embraveciendo con ánimos firmes, tesón y coraje, tal que antes perderán la vida que se retiren de la pelea. Finamente privados de aquella quietud y seguridad, que cada uno tenía en su casa y de aquel ansioso cuidado de sus descendientes (que esta inquietud suele quebrantar y acobardar los ánimos generosos) cobra cada uno espíritu altivo, tanto que tienen por afrenta ser vencido. La destreza de la disciplina militar los hace muy confiados y últimamente la buena opinión en que están muy instruidos desde niños con la doctrina y buenas ordenanzas de la república. Se les aumenta el valor y brío, mediante el cual ni tienen por tan fin precio la vida, que sean pródigos della locamente, ni tan neciamente la aman, que cuando la honra pida que la aventuren, la quieran conservar avarienta y torpemente. Cuando anda más recia la batalla, algunos mancebos conjurados atienden al príncipe o caudillo enemigo, y descubiertamente le acometen y también acechándole le envisten o de cerca o de lejos le combaten, rodeándole muchos por todas partes, entrando en lugar de los cansados con gran presteza otros de refresco. Y pocas veces sucede (si no se salva huyendo) deje morir a sus manos o de hacerlo prisionero. Si alcanzan la victoria, no la siguen haciendo estrago y con muertes. Antes de mejor gana trabajan por prender a los que huyen que matarlos, procurando conservar un escuadrón bien ordenado en guarda de las banderas. De condición, que si no es habiendo vencido todas las demás partes del ejército contrario y con la última del suyo alcanzado la victoria, antes permiten que los enemigos se escapen huyendo que consientan ir dándoles alcance a los que se retiran por turbados y sin orden, acordándose de que a los mismos muchas veces no les ha sucedido bien cuando vencida y desbaratada la masa principal del ejército, yendo en seguimiento, contentos con la victoria que tenían de los enemigos que iban huyendo por una y otra parte, quedándose algunos dellos ocultos y atentos a la ocasión para socorrer acometiéndoles de repente a los que iban sin orden, derramados por todas partes, no haciendo caso del peligro. Imaginándose muy seguros, se les trocó el suceso de toda la batalla, y cayéndoseles de la mano la victoria que tenían por cierta, sin duda, trocándose la suerte, los vencidos quedaron vencedores. Y estos vencidos no se puede decir con facilidad si a caso son más sagaces en poner acechanzas que cautelados en evitarlas, imaginando que tratan de huir cuando menos les pasa por el pensamiento. Y cuando parece están determinados a hazello, no os persuadiréis a creer que tal piensan, porque si conocen que se les aventajan los enemigos mucho, o en el número de soldados o en el sitio que ocupan, entonces levantan los reales, o llevando el ejército con gran silencio, obligan a los enemigos con algunas estratagemas, o de día poco a poco se van retirando, guardando tal orden que no les corra a los contrarios menos peligro, acometiéndoles cuando así se retiran, que cuando están firmes. Fortifican los alojamientos con mucho cuidado, haciendo muy honda o ancha trinchea, pertrechándose con la tierra que se saca della, y no se ayudan para este trabajo del de los gastadores, antes se pone en ejecución esta obra, por mano de los mismos soldados. Y todo el ejército se ocupa en ella, si no son aquellos, que se quedan a la guardia de las trincheas para los casos repentinos. Así, trabajando tantos con tanta fidelidad y cuidado, ponen fin en poco tiempo a muy grandes sitios muy fortalecidos y reparados. Válense de armas firmes para reparar los golpes contrarios y no les estorban para cualquier movimiento y agilidad, de manera que ni aún nadando le son molestas ni graves, antes así armados acostumbran a nadar y les es de los primeros ejercicios del arte militar. Las armas ofensivas para de lejos son saetas, las cuales despiden con gran valentía y certeza, no solo la infantería, pero la caballería. Para de cerca no usan de espadas, sino de hachas que cortan y punzan durísimamente, y con el golpe son mortales por la agudeza de sus filos y por los grandes arcos que forman con ellas. Inventan máquinas con ardid y sutileza y hechas las encubren con particular cuidado porque no las conozca ni entiendan antes que lo pida la ocasión y sean de más burla que de provecho, en cuya fábrica principalmente atienden a que sean fáciles de mover y acomodadas como lo pide la necesidad. Habiendo asentado treguas con el enemigo, las guardan inviolablemente, de suerte que aún siendo provocados no las quebrantan. No saquean ni talan la tierra del enemigo, ni ponen fuego a los sembrados, antes procuran con el cuidado que les es posible que no se arruinen, hollándole los peones y los caballos, imaginando se cría para su mismo provecho. A ninguno que venga desarmado le ofende si no es espía. Amparan las ciudades que se le rinden y no saquean las que conquista, sino solas las cosas de aquellos que procuran estorbar, que no les rindan y a los dueños les quitan la vida, a los demás que las defendieron hacen esclavos. Mas a la turba inepta a la guerra, no la ofenden. Si averiguan que algunos aconsejaron que se entregasen a estos les dan parte de los bienes de los condenados. De lo demás hacen gracia a los soldados que vinieron a socorrerlos, porque ninguno de los utopianos lleva parte de la presa. Fenecida la guerra, los gastos no los reparten a los amigos por quien las hicieron, sino los cargan a los vencidos, y con tal nombre los cobran, parte en moneda, la cual guardan para semejantes ocasiones de guerra, parte en heredades que sean de perpetua y grande renta entre ellos. Al presente tienen destos caudales entre muchas naciones, las cuales procedieron de diferentes ocasiones, y poco a poco han crecido tanto, que pasan de setecientos mil ducados los que rinden cada un año a cuya cobranza envían algunos de sus ciudadanos con nombre de tesoreros, representando con ostentación la grandeza de su persona en aquellas partes y tienen por de mucha importancia que se ponga en el tesoro público si ya no les agradase más darlo a crédito a la misma nación, lo cual hacen muchas veces según la necesidad que tienen dello, y raro sucede que alguna vez cobren por entero. Destas heredades señalan una parte para aquellos que a contemplación suya le pusieron a tanto riesgo y peligro como ya declaré. Si algún príncipe, tomando armas contra ellos, intenta entrar en su dominio, le salen al encuentro y rechazan fuera de sus tierras aceleradamente con grandes fuerzas, porque en su provincia nunca tienen guerra si no es con gran causa, ni juzgan necesidad alguna tan apretada que les fuerce a entrar en su isla socorro ajeno.

**De la religión. Capítulo IX**

Y varias religiones no solo por la risa, mas también en las ciudades, unos adoran al sol, otros a la luna, otros a alguna de las estrellas errantes. Algunos veneran por sumo Dios cual que hombre que haya sido egregio en virtud, y la mayor parte y más sabia, no reverencia alguna de aquestas cosas, antes juzga que hay una oculta, eterna, inmensa e inexplicable divinidad sobre toda capacidad humana, la cual, con virtud no con grandeza, se extienda por este mundo, y a este Dios llaman Padre. Deste reconocen el origen, el aumento y la mudanza y el fin de todas las cosas, y a él solo rinden divinos honores. Los otros, bien que adoran cosas diversas, concurren en este parecer que hay un sumo Dios, el cual es criador de todo y con su providencia lo conserva y llaman en su lengua Mythra. Mas discuerdan en esto que unos profesan, que este sumo Dios sea una esencia y otros otra. Afirman que este sumo, a quien reverencian por Dios tiene el gobierno deste todo y poco a poco se apartan de la variedad de la superstición y concurren en aquella religión, que con más razón y evidencia se prueba. Y ya se hubieran todos reducidos a un sentir, sino que toda desgracia que les acontece en el mudar la religión piensan que les es enviada del cielo por castigo, y que aquel Dios, a quien quieren dejar, se vengue de aquesta impía intención. Mas después que yo les predique el nombre de Cristo, su doctrina y milagros y la constancia de tantos santos mártires que espontáneamente derramaron su sangre y como tantas naciones se han convertido. Y miraculosamente se inclinaron, o por divina inspiración y por parecerles verdaderamente que este camino es muy semejante a su doctrina. Y esto pudo mucho, porque habían comprendido que la manera de su vivir agradaba a Cristo, tenían conventos muy semejantes a sus institutos. Mas de cualquier suerte que ello haya sido, muchos se convirtieron a la Fe cristiana y recibieron las aguas del bautismo. Empero de los cuatro que allí asistimos, ninguno era sacerdote, porque los dos habían muerto. Todavía aquellos pueblos hasta ahora desean recibir aquellos sacramentos que pertenece su administración solamente a los sacerdotes, y ordinariamente disputan entre ellos si sea lícito, sin comisión del pontífice, eligir sacerdote a uno dellos. Mas hasta ahora no lo habían electo cuando yo me partí de su tierra. Y los que no han admitido la religión cristiana no persiguen al que la cree. Pero uno nuevamente bautizado, aunque yo le amonestaba que callase, comenzó ardientemente a predicar la Fe cristiana y condenando toda otra doctrina, llamando impíos aquellos que adoraban otra deidad que la Santísima Trinidad y ser dignos del fuego eterno. Este fue preso, no ya como violador de la religión, mas como aquel que había alborotado el pueblo y causado tumulto alegando sus antiguos institutos que cada uno podía tener la creencia que más le agradase. Los utopienses, habiendo entendido que los primeros pobladores de aquella región y considerando que aquesta variedad de Setas, combatiendo entre ellos por religión, había ocasionado que fuesen vencidos, hicieron un edicto que cada uno pudiese profesar la religión que más se conformaba con su sentimiento. Y si alguno deseaba de reducir a otro a su opinión, podía con modestia y razones persuadirle, mas no usar en esto de violencia ni injuria. Y al que contendía en la materia importunamente, lo castigaban con destierro o servidumbre. Hicieron los utopienses tal estatuto, no solamente en atención de conservar la paz que con la desunión y el odio se extingue, mas piensan que es agradable a Dios el culto variado y diverso, y que por esto inspira diferentes ritos a este y aquel. Mas juzgaron que no fuese conveniente querer con violencia y amenazas forzas alguno a creer aquellos que tú tienes por verdadero. Y aunque una de aquella religiones fuese verdadera, todavía les pareció que fuesen persuadidos sus ciudadanos a ella con modestia, esperando que la verdad como quiera que fuese permanecería y saldría victoriosa. Y que contendiendo con armas los hombres obstinados, podrían con su vana superstición oprimir la verdadera religión a la manera que los frutos quedan ahogados de las espinas y abrojos. Así, movidos destas razones, dejaron libres a cada cual el creer aquellos que más le agradase. Solamente prohibieron que ninguno afirmase morir las ánimas juntamente con los cuerpos, y que el mundo se gobernase a caso sin providencia divina, queriendo que después desta vida fuesen castigados los vicios y premiadas las virtudes. Los que negaban tales proposiciones eran tenidos por peores que bestias, comparando las ánimas a los brutos, ni aún los tenían en el número de los ciudadanos como aquellos que, no siendo enfrenados del temor, despreciarían toda buena costumbre e instituto. Y es de creer que estos se opongan a las leyes o procuren anularlas por servir a su apetito, no teniéndolas en reverencia, ni esperando, ni temiendo gozo ni castigo después deste siglo. A los que tienen esta opinión no los admiten a honores ni les dan puestos, antes los dejan como ineptos e inhábiles, pero no los castigan, dándose a creer que no esté en mano de alguno creer que hay inmortalidad. Al que le agrada, no le fuerzan con amenazas que tenga secreto su parecer, fingiendo el creer como los otros. Prohíbenles el disputar deste opinión, especialmente en presencia del vulgo, mas exhortan a los sacerdotes graves a que confieran, esperando que tal locura deba ser vencida de la razón. Otros en gran número tienen que las ánimas, aun de las bestias, sean inmortales, mas de diferente dignidad de las nuestras y no nacidas a igual felicidad. Tanto concepto hacen de la inmensa felicidad de nuestras ánimas que lloran a los dolientes, pero a los muertos, si no es a aquellos que mal de su grado dejan esta vida y esto tienen por mal agüero como si el ánima sin esperanza de bien alguno, atemorizada de la propia conciencia temiese el suplicio. Y piensan que no agrada a Dios el caminar de aquel que no corre voluntariamente cuando es llamado, mas se retira y rehúsa. Si ven morir a alguno en esta forma, se desmayan y lo entierran sin pompa, y ruegan a Dios que perdona aquella flaqueza. Ninguno llora aquellos que mueren con alegría y con buena esperanza, antes hacen sus obsequias con gozo, encomendando a Dios las ánimas, y queman los cuerpos con reverencia mas que con queja. Levantan un coloso donde esculpen las alabanzas del difunto, y en volviendo a sus casas relatan sus costumbres y la vida, recomendando su muerte. Tienen que tal conmemoración de la bondad sea un vivo estímulo a la virtud y un gratísimo culto a los difuntos, dándose a creer que los muertos invisiblemente se hallan presentes a semejantes discursos, porque no serían felicies si no pudiesen ir donde les placiese, y serían ingratos si no deseasen volver a ver a sus amigos, con quien se hallaban unidos con recíproco amor y profesando ser agradecidos, porque más presto debe de aumentarse en ellos la caridad que disminuirse. Creen que los muertos andan entre los vivos, mirando lo que se hace y dice, con que acometen ardientemente las empresas, confiándose de tales ayudas y trayendo la representación de su honor en la presencia de sus mayores, se guardan de cometer cosa que no sea muy honesta, aunque sea en secreto. Hacen poco caso de los agüeros y otras supersticiones divinatorias que suelen ser de tanta reputación entre otras naciones. Veneran los milagros que vienen sobre las fuerzas de naturaleza como testimonios de la divina presencia en las grandes importancias, con públicas rogaciones, procuran aplacar a Dios. Piensan que contemplar las cosas naturales sea un culto gratísimo al cielo. Muchos movidos de religión menosprecian las letras y no se dan a ninguna contemplación, mas solamente piensan de adquirir la perpetua felicidad con las buenas obras, sirviendo a los enfermos, reparando los caminos, limpiando los fosos, reforzando las puentes, sacando materiales, conducen a la ciudad frutos y maderaje, asierran los árboles y, como si fueran esclavos, se ponen voluntariamente a todo trabajo, aunque sea grosero y a cualquier labor que por afán la hayan dejado, fatigándose continuamente porque los otros reposen, no desdeñando al que vive diferentemente. Entre estos, cuando más se portan como siervos, tanto más vienen a ser de los otros estimados y honrados. Hay de dos suertes, unos que viven castos y no comen carnes, otros que no comen ningún animal, dando de mano a todo deleite lascivo con esperanza de la vida futura, así viven sanos y prósperos. La otra suerte de gente dada igualmente al trabajo se casa por tener sucesión que sea útil a la república. No huyen de aquellos entretenimientos que no les aparta de la asistencia del trabajo. Comen carnes de animales, persuadidos a creer que con aquel alimento se vuelven más robustos para la tolerancia de los trabajos. Los utopianos tienen a estos por más prudentes y aquellos por más sabios. Burlan de los que hacen más aprecio del celibato que del matrimonio y de la vida austera que de la deleitosa, y no se mueven más por esto por la religión que por el honor, porque se guardan sumamente de no condenar la religión de alguno y a estos les llaman butrescos, que acerca de nosotros significa supersticiosos. Tienen sacerdotes de vida santísima, mas solamente treinta por todas las ciudades, según el número de los templos. Mas cuando van a la guerra no conducen consigo más de siete de aquellos ni crían otros siete en lugar suyo hasta que vuelven de la jornada. Y en aquella sazón, los últimos acompañan al pontífice sin que por muerte de los primeros sucedan en el sacerdocio. Son elegidos del pueblo, como los magistrados, por votos secretos porque no nazca odio entre ellos y son consagrados de los de su colegio: estos se proponen a los divinos misterios. Cuidan de la religión y son censores de las costumbres, y es vituperado aquel a quien ellos reprehenden como de los magistrados castigallos. Solamente descomulgan los obstinados y tachan mucho al que lo está y lo tienen por grave suplicio porque temen a la infamia y a la religión. Fuera desto no se aseguran de lo temporal, porque si se tardan en arrepentirse y a satisfacer al sacerdote, son castigados de los magistrados. Estos sacerdotes educan la juventud, teniendo mayor cuidado informalles en las costumbres que enseñalles las letras. Y ponen todo estudio en que adquieran buena opinión y que vengan en deseo de ser útiles a la causa pública para que los ánimos de los adultos instruidos en esta enseñanza en la edad viril se dispongan a mantener el estado de la república, el cual no solamente se desencamina por los vicios mas por las siniestras opiniones. Dan a los sacerdotes las más selectas mujeres del pueblo y hacen sacerdotisas las matronas, aunque no ordinariamente si no son viudas o ya de edad madura. Son muy venerados los sacerdotes acerca de los utopienses mas que ningún magistrado. Y si vienen a ser reos de algún delito, nadie tiene autoridad para castigallos, antes los dejan al divino juicio y a la propia conciencia. Porque no les parece justa cosa poner las manos mortales en aquellos que está consagrado a Dios. Esta costumbre pueden observar fácilmente porque eligen sacerdotes de vida aprobada, los cuales rara vez caen en los vicios, viéndose con tanto favor elegidos porque observen la virtud. Y si en fin sucede que pequen como acontece en la flaqueza humana, todavía como son pocos y sin potestad de mandar, no recelan que puedan en modo alguno infestar la república. Y ordenan pocos para que sea la dignidad más reverenciada. Y porque tienen que sea difícil cosa hallar gran número de bueno que puedan ser dignos de semejante dignidad, son muy respetados, así de los pueblos de Utopía como de los extranjeros, lo cual les viene a mi ver de que cuando llegan al hecho de armas, los sacerdotes están separados de las escuadras, hincados de rodillas y revestidos con las manos levantadas al cielo. Ruegan primeramente por la paz, y, en segundo lugar, por la victoria de su pueblo sin derramamiento de sangre de ninguna de las partes. Y venciendo los suyos, corren a los escuadrones, prohibiendo las muertes de los que quedan desbaratados y ninguno los ofende. Tanta reverencia dan a estos que no se atreven a tocalles las vestiduras, y por esto son en tanta veneración de las naciones. Y no ha acontenido menos veces salvar los enemigos de las manos de sus ciudadanos que a estos de las de sus contrarios. A las veces ha sucedido que, siendo desbaratado su campo y metiéndole el enemigo al saco, sobrevenir los sacerdotes y atajarse las muertes y hacerse paces con razonables partidos y nunca se halla nación tan feroz y cruda que no les haya honrado como sacrosantos e inviolables. Celebran solemnemente el primero y último día del mes, e igualmente del año, el cual reparten por meses medidos por la luna como el año por la vuelta del sol. En su lengua llaman a cualesquier primeros días de mes cynemernos, y a los últimos trapemernos, que es como si dijéramos primeras fiestas y últimas fiestas. Allí se ven excelente temples, no solo de grandeza en la obra, si no por la capacidad necesaria por ser pocos los que hay para que quepa en ellos el innumerable pueblo que tienen. Todos ellos están algo oscuros, y no porque no saben edificar, sino de consejo de los sacerdotes porque dicen que habiendo poca luz se divierten menos los pensamiento y que los ánimos están más recogidos y más atentos siendo la claridad indiferente y poca, y entiende que así se guarda más la religión, la cual como no es una entre todos ellos, aunque varias, son de tal forma que, aunque de muchas maneras y por diferentes caminos van dirigidas a un fin, que es el culto de la divina naturaleza. Por eso, ninguna cosa se ve ni oye en los templos que no parezca que cuadra a todas las religiones en común. Si alguno sigue alguna opinión de religión particular este la practica dentro de su casa. Las cosas públicas las tratan con tal orden que no derogan en nada a las particulares, de suerte que en ningún templo se ve imagen alguna para que cada uno pueda libremente concebir en su idea y sentimiento la deidad que quiera conforme su religión. No tienen nombres particulares de algunos dioses, sino solamente el de Mythra, con el cual todos conforman y asientan en una naturaleza de la magestad divina, cualesquiera que ella sea. Ningunas oraciones se ordenan que no pueda cada uno dezillas sin ofensa de su opinión. Todos acuden a los templos a las tardes de las fiestas, ayunos a dar gracias a Dios del año, o mes, en cuyo fin se celebra aquella fiesta. Y habiendo hecho gracias con alegría, el día siguiente, que es el primero del mes o año, por la mañana se juntan todos en el templo a pedir a Dios felices y prósperos sucesos para aquella año o mes a que se da principio en aquella fiesta. Mas en las fiestas del fin del mes o año, las mujeres antes que vayan al templo, hincadas de rodillas a los pies de sus maridos y los hijos a los de sus padres, confiesan haber pecado si acaso hicieron alguna cosa indebida o en haber dejado de hacer con cuidado lo que tenían obligación, y piden perdón de sus yerros. Desta suerte, si había habido algunas apariencias de odios domésticos, con esta satisfacción se deshacen para poder asistir a los sacrificios con ánimo pacífico y quiero, porque asistir con espíritu alterado se tiene por gran maldad. Por eso, hallándose culpados de algún enojo o mala voluntad contra alguno, si no es reconciliándose primero y limpiando sus afectos, no osan asistir en los sacrificios, temerosos de que su maldad ha de tener un gran castigo. Habiendo venido al templo, los hombres se ponen a una parte de si a la mano derecha, y las mujeres distintas, a la siniestra. Y de tal suerte eligen su lugar, que todos los varones de una familia están en presencia y compañía del padre della, y las hembras se acomodan con la madre. Desta suerte, se tiene gran cuenta con todas las acciones visajes y meneos, que sean compuestos en lo exterior por la autoridad y disciplina de aquellos que los gobiernan en su familia. Y también tienen en esto gran cuidado, que el más mozo acompaña siempre al más anciano porque andando muchachos con muchachos no gasten en niñerías todo el tiempo, en el cual principalmente deben aprender el temor religioso, que es el único aguijón que incita para la prosecución de las virtudes. No sacrifican animales ni se persuaden a creer que la divina clemencia tiene gusto de las hostias cruentas porque concedió la vida a todos para que gozasen della. Gastan incienso y otros perfumes olorosos, llevan delante gran número de antorchas, no porque no sepan que estas cosas no aumentan el ser de la divina naturaleza como ni las oraciones de los hombres, pero porque es género de reconocimiento y reverencia inculpable, y con estos olores y lumbres como con las demás ceremonias sienten que los ánimos de los hombres en cierta manera se inflaman y levantan a Dios, aspirando a él y a su adoración con espíritu más encendido. Todo el pueblo vestido de blanco asiste en los templos, solo el sacerdote se cubre y adorna de varios colores. El ornamento es admirable en la hechura y forma, así mismo de preciosa materia, no bordado de oro ni sembrado de piedras preciosas, antes matizado con diversas plumas de aves de diferentes colores, labradas tan elegantemente, con tanto primor y artificio, que ninguna materia por muy preciosa que sea pueda igualarse al arte. Además desto, en aquellas alas y plumas de las aves, en el concierto y orden dellas y en los repartimientos de la labor que se ve en el vestido del sacerdote, dicen que se contienen y encierran misteriosos secretos ocultos y escondidos, cuya significación sabida (la cual decía tan cuidadosamente los que hacen el sacrificio) afirman que les amonesta la grandeza de los beneficios divinos para con ellos, y la piedad que deben tener para con Dios, y las recíprocas obligaciones que unos con otros deben de guardar. Luego que el sacerdote, así adornado, sale de la sacristía al templo, todos instantáneamente se dejan caer en tierra, haciéndole veneración con tan profundo silencio en todas partes, que lo aparente del caso pone terror y asombro, como si vieran presente alguna deidad. Habiendo estado por algún tiempo postrados en tierra, haciendo señal, el sacerdote se levantan y luego cantan alabanzas a Dios, las cuales van distinguiendo con instrumentos músicos en otra forma y manera diferente que en nuestra patria se usa. Si bien lo más destos músicos son al modo de los nuestros, con todo se aventajan mucho en suavidad, de suerte que no pueden las nuestras compararse con ellas. Y principalmente sin género de duda, no se exceden mucho, que toda su música así la que hace por instrumentos como la que se canta por veces de hombres, de tal suerte imita y declara los afectos naturales y que el sonido se acomode a la materia. Ora sea oración de rogativa, ora alegre, placable, turbada o lúgubre sentimiento. De tal manera (digo) la forma de la melodía representa el sentido de la cosa que dispone, penetra y enciende los ánimos de los oyentes admirablemente. Al fin, el sacerdote y el pueblo juntamente hacen unas solemnes preces con las palabras que tiene diputadas para ellas, también compuestas y ordenadas, que aquellas cosas que todos juntos dicen cada uno en particular muy acomodadamente se las aplica así mismo. En ellas, cada cual reconoce a Dios por autor de la creación y del gobierno universo y de todas las demás cosas buenas, y le da las gracias por los beneficios recibidos, y particularmente de que favoreciendo Dios aquella república, les vino por suerte gozar de tal felicidad con aquella religión que tienen confianza es la verdadera. En lo cual piden a Dios en sus oraciones que ordene por su bondad vengan en conocimiento, si es que aquellos cometen algún error, o si hay otra religión más verdadera que más agrade a Dios, se lo manifieste, porque están prontos para seguir aquello a que encaminare, pero si la forma deste república es la mejor, y su religión, la más recta que le dé constancia para perseverar en ella, y que traía a todos los demás hombres a aquel instituto de vivir y a que sientan de la misma suerte de Dios, si no es que también le agrade a su inescrutable voluntad que haya esta variedad de religiones. Suplícanle que después de su muerte los lleve para sí y que esta no sea cruel ni extraña. Habiendo hecho esta oración, vuelven segunda vez a postrarse inclinados y levantándose poco a poco se van a comer y pasan lo que resta del día en juegos y ejercicios de disciplina militar. He os referido con la mayor verdad que he podido la forma de aquella república, que yo no solo la tengo con toda certeza por muy buena, pero juzgo que es sola la que verdaderamente es república y que con particular derecho puede tomarse para sí el nombre de tal. Porque aunque verdaderamente se trate en otras parte del bien público, pero siempre se atiende al particular. En esta enteramente se mira a la común utilidad, dejando de todas maneras olvidado el propio interés. En otras repúblicas, aunque sean prósperas y florecientes, nadie teme el morirse por hambre, mas ¿procuran sin duda sus cómodos particulares que la pública conveniencia? Y aunque la necesidad en otra república obliga a hacer esto, en esta todo es común. Ninguno teme el morir porque le falte respeto de estar llenos los graneros públicos, que allí no se distribuye con desigualdad, ni hay algún pobre, ni posee nadie cosa en particular, porque vienen a ser todos ricos en común. Atrevérase alguno a comparar la equidad de otra gente, la cual, a mi parecer, no tiene sombra alguna con la igualdad desta república que justificación es aquella, que un nombre o verdaderamente un plebeyo que sea usurero o cualquiera que no se emplea en cosa alguna, o que toda su acción es poco necesaria a la república, y con esta flojedad se adquiera el vivir con esplendor y regalo. Y un esclavo y un hombre del campo y un oficial de día y de noche con tanta fatiga que no la puede tolerar un animal, se granjee escasamente el alimento ordinario con menos comodidad que los brutos. Pues ¿no cansándose tan continuamente, no padecen el temor de que les falte las cosas necesarias a la vida? Pero a estos el trabajo de poco provecho y fruto les está siempre aguijoneando, y el recuerdo de la vejez que se ha de pasar con pobreza les quita la vida como aquellos que el jornal de un día les es tan tenue que no les puede bastar para el sustento del. Tan lejos está el crecer su caudal desta suerte y el sobrarles algo de lo de cada día que pueda guardarse para pasar bien la senectud. Por ventura no es ingrata y no injusta aquella república, que desperdicia grandes dadivas y caudales en los que llaman nobles con los artífices de cosas vanas con los bufones, con los inventores de superfluos deleites y con otros muchos deste género, no mirando con benignidad por el contrario, por el bien de los agricultores, artífices y laborantes, sin los cuales la república totalmente no puede conservarse? Pero ¿usando mal de los trabajos de aquellos que pudieran ser de provecho en la florida edad, olvidando tantos desvelos y sin acuerdo de tan grandes beneficios, siendo desagradecida después de haber pasado muchos años con graves enfermedades, necesitados de todas las cosas los recompensa, dejándoles morir en extrema pobreza? ¿Qué diremos de los ricos que se quedan con el salario de los pobres, no solamente con violencia y engaño, mas con el pretexto de las leyes? Así, lo que antes parecía injusto como lo era no dar recompensa de agradecimiento a los que habían hecho algún bien y servido a la república, esta ingratitud y perversión aún la coloran y califican con nombre de justicia, estableciendo ley nueva. Estas invenciones de los ricos, so color de república, se convierten en leyes. Mas los hombres dañinos, con la insaciable codicia, habiendo repartido entre ellos las cosas que tenían de proveer a todos, cuan apartados están de seguir la felicidad de la república utopiana. De la cual, habiendo desterrado de todo punto la codicia del dinero con el uso del, ¿cuán gran máquina de pesadumbre se escusa y cuán gran materia de maldades se arranca de raíz? Porque, quien no sabe que los engaños, hurtos, robos, tumultos, alborotos, enemistades, motines, muertes, traiciones, venenos (que cada día se renuevan más porque antes se castigan, que se refrenan con el suplicio) y con el despreciar del dinero se desvaneces y la solicitud, pensamientos, fatigas, y desvelos que se traen con el dinero y se ahuyenta la pobreza, la cual sola parece que necesita de la riqueza. Para que esto os conste más claro, considerad con atención y revolved en vuestro ánimo lo que sucede en un año estéril y sin frutos, en el cual muchos millares de personas murieron de hambre, llanamente me atreveré a afirmar que si en fin de aquella carestía se manifestasen los graneros de los ricos, se hallaría tanto trigo que si se hubiera repartido entre todos aquellos que consumió la hambre, ninguno hubiera sentido aquella esterilidad del tiempo. Y con facilidad pudiera haberse proveído el sustento si aquel dinero, que con tanta excelencia fue hallado e inventado para que con su ayuda se nos abriera la puerta al remedio y sustento nuestro, no hubiera sido solo el que nos cerró el camino y estorbó el remedio. No tengo duda de que también los ricos sienten y entienden así estas cosas y que no ignoran cuanto mejor fuera la condición de que no se careciera de ninguna cosa necesaria que estar abundantes de muchas superfluas y el librarse de tan innumerables males que el verse cercados de tan grandes riquezas. Yo tengo por cierto que el verdadero respeto de la comodidad o la autoridad de Cristo Salvador, el cual con su sabiduría y bondad pudo aconsejar aquello que era mejor, hubiera reducido todo el mundo debajo destas leyes si no se hubiera contrapuesto la soberbia, la cual no estima en tanto los bienes propios como los males ajenos, deleitándose en afligir los pobres, porque no mide ni regula la prosperidad por los provechos propios, sino por el mal ajeno. Esta aún quisiera ser tenida por diosa, no habiendo miserables en el mundo a quien ella pudiera mandar y de quien pudiera triunfar. Con cuyas desdichas resplandezca y campee su adquirida felicidad, haciendo alarde de su poder y riquezas con que aflija y aumente la miseria y necesidad. Esta serpiente venenosa, estragando los pechos de los hombres como si fuera el pez rémora los detiene y hace volver para tras, estorbando que no sigan el mejor camino de la vida, la cual soberbia por estar arraigada en los hombres, de suerte que no puede con facilidad arrancarse, me contento de que esta forma de república (que yo quisiera la tuvieran todos) al menos les haya cabido en suerte a los utopianos que han seguido tal instituto de vida con que plantearon tales fundamentos de república, que no solo tiene de durar felicísimamente, pero (cuanto le puede alcanzar por conjetura humana) ha de permanecer para siempre. Porque siendo entre ellos extirpados los vicios de la ambición y la raíz de las setas y parcialidades, no hay allí peligro de discordia que ella sola basta a arruinar las más fortificadas ciudades, mas viviendo en concordia con saludables institutos, no podrá la emulación de los vecinos príncipes (ya muchas veces rebatida) contrastar aquel Imperio.

Luego que Rafael Hithlodeo dijo estas cosas, a mí me venían a la memoria otras muchas que me parecían se habían instituido en las costumbres y leyes de aquel pueblo, no solo a cerca de la razón del hacer guerra, de los ritos divinos y de la religión y de otras ordenanzas suyas, pero también en lo que el principal fundamento de toda su institución. ¿Esto es de su modo de vivir, del sustento común, sin comercio del dinero, con quien principalmente toda la nobleza y esplendor según la común opinión es verdadero ornamento de la república de todo punto se destruye y aniquila? Pero porque sabia, que estaba cansado de contarlo y no me aseguraba de que llevarían bien se replicase contra su opinión, y principalmente porque me acordaba que algunos habían sido reprehendidos del. Por eso alabando la institución de los utopianos y lo que había referido, trabándole de la mano le entre a cenar conmigo, diciéndole primero que, en otra ocasión, después de avello más bien pensado, habíamos de hablar y conferir más largamente estas materias. Lo cual a Dios pluguiera que hubiera habido ocasión. En el interino puedo dejar de conformar con todas las cosas que dijo por se dichas por hombre (sin contradicción) doctísimo y juntamente muy práctico en todas las del siglo. Así, confieso llanamente que hay muchas en la república de los utopianos, que, diciendo la verdad, más deseo que confío verlas en nuestras ciudades.

*Carpere vel noli nostra, vel ede tua*.

Marcial, libro I, epigrama 93.

FIN

1. palabra antigua [↑](#footnote-ref-1)